

CIENCIA HISTORICA: INVESTIGACION Y DIDACTICA

POR

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN
Doctor en Historia.

«¡Hilos sutiles / que quedáis, para atarnos unos a otros, / tras nuestro desatarnos; / para que no seamos nunca solos; / sonrisas, besos, lágrimas!» (J. R. JIMÉNEZ, *Piedra y cielo*, El Recuerdo II, 4).

«Los pueblos, como los hombres, se distinguen entre sí por notas que les individualizan (...) la historia, la geografía y la naturaleza» (VÍCTOR PRADERA).

«La religación, o entramado de un pueblo, constituye la forma en que se manifiesta su solidaridad constitutiva, el modo de religar horizontalmente sus hombres y sus comunidades humanas, de menor a mayor; y, la tradición es el modo de expresarla, en continuidad histórica, de unas generaciones con otras, verticalmente. La dialéctica no es sino una consecuencia de una fisura o ruptura de la solidaridad, es una reacción febril producida por esa enfermedad» (J. B. VALLET DE GOYTISOLO).

El impulso natural, en parte poético, que mueve a todo hombre —y a algunos exige— para conocer el pasado; la importancia de la historia para las sociedades; y la tendencia natural de estas últimas a la solidaridad y continuidad, valores ambos donde encuentran su sólido fundamento..., son algunas aportaciones propias de otras humanidades diferentes a la Historia que incitan al historiador a efectuar un diálogo interdisciplinar. Las entradas a este trabajo no significan un apriorismo, pues en él, por lo que respecta a la investigación y a la comunicación de sus resultados, nos centraremos exclusivamente en la disciplina histórica propiamente dicha y no en consideraciones filosóficas o de otro carácter.

I. INTRODUCCIÓN

La actualidad. Lo sorprendente de ciertos planteamientos actuales no es ya que por ellos la sociedad crea en un progreso social inevitable y siempre ascendente, sino que este último se vincule necesariamente al estudio, comprensión e interpretación del pasado. Esta paradoja no se pregona a los cuatro vientos: queda patente en círculos reducidos, y oculta —pero actuante— en la actual divulgación cultural.

Se quiere popularizar una interpretación y análisis de la Historia que, de admitirlos, conquistarían fácil e insensiblemente, la mentalidad del receptor, quien quedaría condicionado y adocetrinado para juzgar el ayer, para intervenir de una manera concreta en el presente, y para casi adivinar el futuro. Dicha interpretación y análisis quedan plasmados de una manera patente en ciertos libros de texto utilizados en las enseñanzas de Historia, de Historia de la literatura contemporánea y de otras disciplinas impartidas en la enseñanza del Bachillerato, COU y otros estudios. Libros que están elaborados con profundidad y esmero, pero cuyo estudio puede modificar insensiblemente la mentalidad y valoraciones del alumno que carece de un gufa crítico adecuado.

Hoy, con pretextos didácticos o pedagógicos para subsanar el denominado «fracaso escolar», se ofrecen métodos de análisis, exposición y aprendizaje cuya naturaleza es tal que su mera aceptación tiene la virtud de modelar las mentalidades, previa e independientemente de la ciencia o disciplina sobre la que dichos métodos y técnicas se aplican. A esto se denomina *manipulación*, aunque se hable mucho de libertad para todos, de progreso de las ciencias, de pedagogía, de creatividad de los alumnos... El clamor individual o social que esta manipulación pudiera provocar, sería fácilmente sofocado con la apariencia científica y «moderna» (léase atrevida) de aquellas interpretaciones manipuladoras que —aunque al principio rechazadas— al fin serían aceptadas fácilmente por el receptor a pesar de la oposición inicial de éste. Esta aceptación sería la expresión viva de la notable influencia que ciertas ideologías todavía imperantes tienen en buena parte del ambiente social —valores y práctica cotidiana— a través de *eslogans*, de ciertos medios de comunicación y difusión, de la popularización de una determinada cultura masificadora, etc. Según esto, es frecuente que los alumnos, como hijos de su tiempo, posean esquemas previos sobre cuestiones que desconocen, o bien que pretendan explicar el pasado con las categorías ideológicas

de uso habitual en el presente. A esta influencia se añade la explicación ideologizada de no pocos libros de texto, e incluso la posterior incidencia en el mismo sentido de aquellos estudios universitarios y aun postuniversitarios que acostumbran a repetir viejas hipótesis.

Todavía hoy se utiliza la cultura y cierta denominada ciencia como arma ideológica y política. Asistimos a una lucha por las mentalidades mediante la popularización de una «cultura» masificada, subjetivista, utilitaria, practicista y de la acción. Hasta que todo ello no se experimenta y comprueba directamente, es difícil comprender la profundidad, importancia y gravedad que hoy adquieren ciertos esquemas sobre la investigación histórica, la enseñanza y la divulgación de la Historia en todos los ámbitos.

El mito del progreso. Al ingenuo mito liberal del progreso indefinido le ha sucedido el mito racionalista del progreso evolucionista, efectuado éste conforme a las leyes de la dialéctica, consideradas en desarrollo a lo largo del acontecer histórico y, sobre todo, como motor del mismo.

Los activistas de la cultura. La explicación de dicho mito está, de hecho, sustentada y forjada por *ideólogos* que indican el sentido de la Historia conforme a una cosmovisión previa, a través de la cual pretenden explicar aquella ya antes de efectuar la investigación propiamente histórica; *investigadores* que ofrecen la materia prima y efectúan las debidas interpretaciones subjetivistas conforme al esquema ideológico recibido de aquéllos; los equipos *editoriales* de redacción de textos escolares, quienes repiten los «descubrimientos» de ideólogos e investigadores; ciertos *profesores* que se dejan guiar fácilmente por todo lo que se les presente con ropajes considerados científicos, didácticos y pedagógicos. Por último, y en relación con todos los anteriores, se encuentra el *Ministerio de Educación*, quien aprueba los textos escolares (esta labor correspondería a los respectivos colegios profesionales), dirige la enseñanza de carácter público, controla los centros de iniciativa social subvencionados en parte por el poder político (control de gestión, de programaciones, profesorado, didáctica de aula, etc.), e incluso los no subvencionados. Con esto no queremos decir que todos los eslabones citados efectúen su labor de manera consciente, organizada y programada; bien pudiera ser en ciertos casos, pero también es cierto que el ambiente y la corriente social arrastra y crea modas, talantes y costumbres. Sin embargo, sí parece cierto que unos y otros han creado, transmitido y popularizado, unas interpretaciones más o

menos ideológicas del pasado repetitivas hasta la saciedad que, conforme al evolucionismo histórico, mitifican la idea del progreso, lo vinculan a ciertos contenidos, efectúan una explicación de tendencia ideológica liberal o marxista —o ambas entremezcladas— sobre el ayer, y acuñan un método de investigación y explicación histórica que predetermina acientíficamente los contenidos del pasado e influye desde un punto de vista ideológico a través de ciertos juicios —solapados o abiertos— y de la aportación de un determinado sentido a la Historia.

Profesionales no ideologizados. De todas maneras, no pocos profesionales de los sectores de la investigación, editoriales, profesores..., quedan al margen de la utilización —suponemos que bien intencionada, aunque esto sea lo menos importante— de la Historia. Utilización que tiene por objeto la concienciación y captación de la mentalidades, e incluso una toma de postura previa para la acción en el presente.

Afortunadamente, estos numerosos sectores profesionales se resisten a una ideologización de la ciencia histórica; efectúan una crítica adecuada contra los apriorismos y reduccionismos, la instrumentalización de la ciencia, y la manipulación (en su sentido menos peyorativo) del pasado; y reclaman la puesta al día de ciertas interpretaciones repetitivas hasta la saciedad, en cuya exposición nos habían acostumbrado —al menos hasta hoy— a ignorar los estudios más recientes que desvelan la realidad del pasado y muestran la incorrección de ciertas interpretaciones habituales. Es el caso, a modo de ejemplo, del tema de la Revolución francesa, respecto al cual José Andrés-Gallego y Antonio R. Rubio (1), han reclamado la adecuación de los libros de texto españoles de enseñanzas medias a las nuevas investigaciones, rechazando así aquellas viejas hipótesis (transformadas en «tesis» por la costumbre de su utilización o por espíritus interesados) que se aferran a sí mismas con menosprecio de las modernas investigaciones de François Furet y de otros autores revisionistas.

En buena medida, la investigación de la Historia, incluidas las nuevas generaciones de investigadores en España (2), se sitúa

(1) ANDRÉS-GALLEGO, José: «La Revolución francesa: cara y cruz de un debate», *Boletín del Colegio de doctores y licenciados de Filosofía y Letras y Ciencias*, núm. 6, junio-julio, 1989, págs. 13-16; RUBIO, Antonio R.: «Rezagados de la historia», *id.*, núm. 8, octubre, 1989, págs. 24-27. En realidad, aunque la ideologización del pasado afecta a todo él, estos autores especifican la Revolución francesa de 1789 tanto con ocasión de su II Centenario como por ser uno de los temas preferidos para la manipulación.

(2) Por ejemplo, el Congreso de jóvenes historiadores y geógrafos, cu-

al margen de cualquier molde ideológico que condicione el estudio del pasado. No ocurre lo mismo, al parecer, con no pocos de quienes acercan los resultados de la investigación al público mediante la elaboración de manuales y síntesis para las enseñanzas no universitarias. Desgraciadamente, y en cierta medida, la evolución y seriedad de la investigación y de la educación o difusión no son hoy paralelas y homogéneas. La educación, además de distanciarse de la investigación, es una actividad tentadora para modelar las mentalidades ideológica y políticamente. A veces, los contenidos de difusión académica o extra-académica suelen dar la impresión que nada se ha investigado en España desde hace algunos lustros, pues todavía siguen anclados, según el caso, en la historiografía liberal decimonónica o bien en en evolucionismo dialéctico.

Constatamos la permanencia —en la cultura española en general— de adherencias ideológicas y de reduccionismos que distorsionan tanto la ciencia histórica —v. gr., el objeto y finalidad de la investigación— como su transmisión a la juventud escolar y al gran público. En estas páginas pretendemos efectuar un elenco explicativo de la evolución historiográfica hasta la actualidad que ilumine el presente y el futuro inmediato de la ciencia histórica. Reseñar también algunos recientes intentos de reavivar viejos moldes en base a *La Historia subversiva* (Universidad de Deusto, 1990) y con ocasión de «la utilización didáctica del entorno aplicado a la Historia» (ICE, Santander, 1989). En otra ocasión daremos respuesta a ciertas cuestiones fundamentales inherentes al quehacer histórico relativas al concepto de Historia y su metodología.

No pretendemos ser exhaustivos. Aunque no son escasas las publicaciones *renovadoras* relativas a la metodología histórica y a su historiografía (3), en ciertos círculos actuales se insiste en un inadecuado método de investigación histórica por un lado, y aun pedagógico para la enseñanza de la Historia por otro, de

yas Actas han sido publicadas; *Historiadores y geógrafos. Congreso de jóvenes*, Madrid, Ed. Universidad Complutense, 1990, 2 vol. v. I, 1.022, páginas, v. II, 1.014 págs. El comité organizador lo preside Alfonso Bullón de Mendoza.

(3) Algunos trabajos son los siguientes: COMELLAS, José Luis: *Historia, guía de los estudios universitarios*, Pamplona, EUNSA, 1982, 2.º ed., 349 págs.; D'ORS, Alvaro: «Objetividad y verdad en historia», Madrid, Ed. Sperió, *Rev. Verbo*, núm. 223-224 (marzo-abril, 1984), págs. 315-336; Id.: «Para una metahistoria jurídica», *id.*, núm. 253-254 (marzo-abril, 1987), pág. 295-308; Id.: *Papeles del oficio universitario*, Madrid, Ed. Rialp, 1961, 356 págs. págs. 116-138; SUÁREZ, Federico: *Reflexiones sobre la historia y sobre el método de la investigación histórica*, Madrid, Ed. Rialp,

carácter evolucionista y dialéctico, que hipotecan la investigación histórica y la transmisión de sus resultados, e incluso alteran la finalidad de ambas ciencias —Historia y Pedagogía— en beneficio de una mentalidad utilitarista, bajo el espejuelo de potenciar (mediante la técnica de la sublimación) las facultades denominadas activas y de efectuar un compromiso transformador con el presente (4).

II. MÉTODO HISTÓRICO E HISTORIOGRAFÍA

1. Racionalismo.

Desde que René Descartes escribió su *Discurso del Método* y sus *Meditaciones*, no pocas ciencias (5) se han polarizado, con un esmero digno de todo elogio, en formalizar sus métodos respectivos más que en descubrir la realidad y adecuar a ella el conocimiento humano. Sobre todo las ciencias humanísticas, pues la complejidad de su objeto (el hombre y las sociedades) parecía hipotecar su carácter de ciencia, esto es, sistematizada, rigurosa,

1977, 256 págs.; VARIOS: *El método histórico. Conversaciones internacionales sobre Historia I*, Pamplona, EUNSA, 1974, 182 págs. VARIOS: *Las individualidades en la Historia. Conversaciones... II*, Pamplona, EUNSA, 1985, 248 págs. VARIOS: *La Historiografía en Occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos. Conversaciones... III*, Pamplona, EUNSA, 1985, 501 págs. Son interesantes los artículos de TREVOR-ROPER, Hugh, BAILYN, Bernard, ANDRÉS-GALLEGO, José, y OLÁBARRI GORTÁZAR, Ignacio: en la revista *Atlántida*, Madrid, Ed. Rialp (1990), núm. 4, 127 págs., págs. 4-39. Desde un punto de vista filosófico, GARCÍA MORENTE, Manuel: «La estructura de la Historia», Pamplona, Revista *Príncipe de Viana* (1942). Aunque hemos citado estos trabajos por su homogeneidad, existen, otros, coincidentes con ellos en lo fundamental muchos que omitimos.

(4) Citamos, por ejemplo, *La Historia subversiva. Una propuesta para la irrupción de la historia en el presente*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1990, 60 págs.; UBRETO ARTETA, Agustín, FERNÁNDEZ BENITEZ, Vicente, y otros VARIOS: *La utilización didáctica del entorno. II Encuentro regional de investigación educativa*, Santander, ICE, 1989, 114 págs., s/n.

(5) Las ciencias puras o del conocimiento persiguen aumentar nuestro conocimiento de la realidad, y son la base de las ciencias aplicadas. Las ciencias puras pueden dividirse en: formales o analíticas (filosofía, lógica, matemática), y factuales o sintéticas, fundadas éstas en hechos o experiencias (ya sean ciencias naturales como la física, química y biología que utilizan la inducción; ya las sociales o del hombre, como la sociología, historia y economía, que se sirven de la deducción). Por su parte, las ciencias aplicadas tienen una finalidad utilitaria: incluyen a las distintas tecnologías que se apoyan en las ciencias puras (físicas, sociológicas, biológicas, etc.).

universal y plenamente concluyente. En consecuencia, la fiebre racionalista vació a las ciencias humanas, tanto del arte inherente a toda comprensión sobre el propio hombre, como de la adecuada reflexión sobre la gran complejidad de lo real. Han intentado sistematizar lo imposible como es la vida del hombre y las sociedades, así como la sucesión de culturas y civilizaciones; han pretendido conocer y explicar todo y hacerlo buscando una plena seguridad, con olvido de la gran complejidad humana y de la necesaria percepción del hombre como misterio.

Como respuesta al racionalismo imperante, se comprende la queja de Rosa Chacel, según la cual, «la ciencia es lo único vivo hoy día; las artes son un desastre y la literatura vive porque no quiere dejarse morir». Este dramático diagnóstico contrasta con el esfuerzo efectuado por las humanidades en general para sobrevivir y ser aceptadas con carta de ciudadanía en nuestra civilización. Este esfuerzo, vinculado a la lamentable confusión general que reduce las ciencias a las ciencias naturales, permite formular una pregunta todavía sin respuesta: la aceptación de las humanidades por la sociedad, ¿a cambio de qué? ¿De justificar una civilización tecnológica y no humanística? ¿De vincularse a aquellas ideologías que todavía aletean y sobrevuelan, ya heridas? ¿De vestir con galas culturales el ocio e incluso el antihumanismo imperante? ¿De purificar una mala conciencia que no quiere rectificar?

En realidad, Descartes no hizo un simple experimento mental; para él andaba en juego el futuro mismo de la humanidad. Su objetivo fue proponer un método general aplicable a cualquier ciencia. Descartes llega a la pérdida del ser y a la creencia de que utilizando el método y sistema adecuado para la generalidad de las ciencias y el método propio de cada ciencia particular, la realidad acudiría al entendimiento sin dudar, científicamente, con plena seguridad y previa demostración, aunque en este intento Descartes confundiese la verdad con la certeza.

Posteriormente, según Carlos Cardona (6), Hegel utilizó un método revolucionario para un sistema conservador. A este sistema le «interesaba mucho más la racionalidad de las ideas y construcciones, que la observación y la experiencia». Implicaba un mundo, *a priori*, en el que «más que ir de la ignorancia a la verdad, se va del error a la certeza, de la confusión a la conciencia»; la creencia de que «lo lógico hace lo real»; el «mundo de las ideas, bien depuradas por la abstracción y donde la razón

(6) CARDONA, Carlos: *René Descartes: Discurso del método*, Madrid, Ed. Magisterio Español, 1975, 159 págs.

discursiva está poniendo orden»; una crítica centrada mucho menos sobre los hechos que sobre su explicación, como si la ciencia no tuviese que conquistar los hechos a la vez que su interpretación.

Quizás vinculado a esto, hoy día algunos intentan abandonar el estudio de las causas del acontecer humano, a cambio de profundizar en la génesis, evolución, conexiones con otros fenómenos, complejidad y situación. Ciertamente, el objeto del historiador exige ampliar lo máximo posible la comprensión del pasado, pero no creemos que ello deba implicar el abandono del estudio de las causas, tanto por explicar éstas la génesis de cada desarrollo histórico como por condicionar a este último.

El racionalismo aplicado a la Historia tuvo su principal manifestación en el idealismo absoluto, el positivismo, los materialismos dialécticos y mecanicistas, y el evolucionismo. La crisis del positivismo y de los restantes *sistemas interpretativos* hizo prevalecer la técnica y el método de la ciencia histórica en la denominada «Nueva Historia» posterior a dicha quiebra. A su vez, la crisis de esta «Nueva Historia» está permitiendo hoy la recuperación de una Historia «tradicional», concebida como ciencia y arte y que acepta plenamente los avances técnicos y metodológicos anteriores.

2. Desideologización de los estudios históricos.

El camino de la ciencia histórica ha sido largo y muy complejo. ¿Cuáles han sido los principales hitos del quehacer histórico hasta hoy? El romanticismo, positivismo, historicismo, evolucionismo dialéctico, materialismo marxista..., se han sucedido, a veces conviviendo conflictivamente, sin que exista razón alguna para suponer que esta sucesión haya sido necesaria y perfecta. Dichas escuelas aparecieron subsumidas en la concreta mentalidad de su tiempo e incluso, algunas de ellas, encadenadas tanto a una concepción peculiar del ser como a diferentes apriorismos históricos acientíficos desde el punto de vista del historiador.

Durante parte del siglo XIX y XX, las circunstancias históricas e ideologías por un lado, y la mejora de las diferentes metodologías y técnicas para el estudio del pasado por otro, evolucionaron a veces paralelamente aunque, en ciertos casos, dichas ideologías se interfirieron indebidamente en el método y técnicas históricas, e incluso intentaron catalizar para sí el estudio de la

Historia, al considerar que desde su respectiva ideología podían efectuar —más o menos según el caso— una respuesta satisfactoria al pasado, con una al menos parcial independencia de la investigación de los hechos históricos concretos. Es el caso del idealismo absoluto o alemán, del positivismo, de los materialismos dialécticos y mecanicistas, del evolucionismo... Es decir, los movimientos historiográficos citados al comienzo de este punto segundo, dependieron de hecho y en cierta medida de las corrientes de pensamiento y mentalidades desarrolladas en el siglo XIX. Algunas de estas filosofías, al pretender solucionar los principales interrogantes del pasado antes de efectuar la investigación histórica, subordinaron las técnicas y métodos del conocimiento del pasado peculiares de la disciplina histórica a un nuevo método originado desde la filosofía. Este filosofismo pretendió subordinar la ciencia histórica a la explicación filosófica, al igual que el historicismo intentó diluir el ser en la contingencia histórica.

El rumbo historiográfico sigue actualmente su curso. El método y las técnicas para conocer el pasado se están «desenganchando» poco a poco de los sistemas impuestos por las ideologías y filosofías; este distanciamiento lo han efectuado las «Nuevas Historias», así como las actuales alternativas presentadas ante la crisis de estas últimas. Es decir, la crisis general de aquellas ideologías que habían utilizado la Historia y sumido a ésta en una total decadencia en cuanto ciencia y en una repetición propias del sistema racionalista, ha servido para liberar el estudio del pasado de toda ideologización, condicionamiento, rigidez explicativa y apriorismos. Estamos asistiendo a la consunción de diversas formas de acercarse —para aquellas mejor recrear— al pasado del hombre y de las sociedades. Presenciamos tanto la quiebra del materialismo marxista como los epígonos del mecanicismo y de la dialéctica evolucionista no marxista aplicados a la investigación histórica. Sin embargo, también presenciamos un nuevo intento de levantar cabeza, cierto canto del cisne, que pretende reavivir rescoldos de dicho pasado, intento éste movido —quizás— por la lógica resistencia de toda ideología a su desaparición y a perder su presa —la investigación histórica—, pero quizá también por las condiciones de nuestra vacía civilización, masificada, utilitarista y alta y desproporcionadamente tecnificada.

Como la ciencia histórica no alcanza a explicar y profundizar plenamente en ciertos aspectos-clave del pasado, y el hombre busca una explicación y comprensión cada vez más profunda del mismo, el historiador debe dialogar con otras ciencias independientes de ella como la antropología, la sociología..., e incluso,

y con mayor profundidad y provecho, con la filosofía y la teología, aunque respecto a estas últimas desde un punto de vista diferente por empírico. En realidad, en estos últimos casos, el historiador muestra querer llegar más allá de la propia investigación histórica. Es necesaria una moderada interdisciplinariedad para profundizar plenamente, entre las diversas ciencias humanísticas, sobre determinados acontecimientos históricos. Sin embargo, quienes rechazan la validez al efecto de la filosofía y la teología, están comprensiblemente inclinados a encontrar la solución de sus interrogantes más profundos en una explicación histórica ideologizada efectuada por la pseudohistoria, con el consiguiente desvirtuamiento de la ciencia histórica, al quedar ésta mixtificada con diferentes ideologías.

Hoy, el horizonte se ha clarificado aunque se continúa la búsqueda de nuevos perfiles en el estudio del pasado. El final penoso a que ha desembocado la ideologización de la ciencia histórica es una realidad fuera de España, con atisbos de que se extienda a esta última. Sin embargo, a esta primera crisis la ha sucedido la crisis de las «Nuevas Historias» que sustituyeron a la Historia ideológica; esta nueva situación crítica presenta actualmente un reto de gran envergadura para conseguir una adecuada síntesis entre la denominada «historia tradicional» y las nuevas técnicas y metodologías. Es el retorno de Herodoto y de «la misteriosa sabiduría de Tucídides» del que hablan importantes historiadores.

3. Principales tendencias historiográficas.

La ciencia histórica es relativamente reciente. Aunque los estudios sobre el pasado hunden sus raíces más allá de la Grecia clásica, sin embargo es a comienzos del siglo XIX cuando los historiadores buscan el máximo rigor posible, se centran en las fuentes históricas —sobre todo en las escritas— y aspiran a diferenciar progresivamente el estudio histórico respecto a la literatura, ya que el principal objeto de esta última era y es la expresión de la belleza a través de la palabra.

ROMANTICISMO. Esta es la época de la fundación de importantes instituciones y de la elaboración de proyectos al servicio de la Historia. La *École des Chartres* se funda en la Francia de 1821; se crea la *Record Commission* en 1800 «para la publicación de fuentes relativas a la historia nacional», y también el

Public Record Office en 1838, ambas en Reino Unido; se inicia la publicación de *Monumenta Germaniae Historica* en la Alemania de 1826, en Francia la *Collection de documents sur l'histoire de France* en 1835, y en España la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, a cargo de la Real Academia de la Historia, a partir de 1842. Podríamos señalar una larga lista de historiadores y de instituciones para el estudio del pasado en esta fecunda época (7), cuya peculiaridad no sólo está en el considerable interés —comprensible en su caso— que la vasta cultura romántica proyectó hacia el pasado, sino en la utilización principalmente de fuentes históricas escritas.

La polarización de la historiografía romántica en la época medieval, en la historia local, la crónica contemporánea, la biografía y la publicación de fuentes; la intención y el énfasis patriótico de no pocos estudios, e incluso la distorsión idealista y aun ideológica del pasado inmediato (por ejemplo, Michelet en su historia de Francia durante la Revolución francesa); la propia exposición de los estudios, que con frecuencia carecían de la suficiente ecuanimidad y objetividad (parecían escritos de tesis y con notables influencias literarias); y el carácter escasamente riguroso, explicativo, lógico y ordenado, coadyuvó a cuajar el método positivista de las ciencias naturales aplicado a la Historia.

POSITIVISMO. Leopold von Ranke y sus sucesores insistían en la interacción de los hechos sociales, en el factor económico y en las condiciones ambientales para comprender el pasado, lo cual explica que prefiriesen el estudio de los grupos humanos, relegando el estudio de los individuos a un segundo término. Su objeto era la realidad del pasado en su evolución histórica. Exigían una exposición realista y verdadera, rigurosa y —en lo posible— explicativa y documentada en base principalmente a las fuentes históricas escritas. Esta historia positiva dominó con éxito en la Francia de la Sorbona, de la *École de Chartres* y del *École pratique des hautes études*.

El positivismo tuvo sus innegables aciertos: amplió el horizonte histórico; buscó la constatación fiel de los hechos; exigió

(7) En Francia: François Guizot, Jules Michelet, Mignet, Augustin Thierry, Adolphe Thiers; en España: Manuel Milá y Fontanals, José María Quadrado, Modesto Lafuente, Juan Varela, Borrego, Antonio Pirala; en Inglaterra: Thomas Babington barón de Macaulay, Thomas Carlyle; en Alemania: Droysen, Leopold von Ranke; en Rusia: Nikolai Mijailovich Karamzin; en Dinamarca: Barthold Georg Niebuhr; en Suecia: Geijer; en Bohemia: Palacky; en Italia: Vincenzo Gioberti, Durando, Alessandro Manzoni, Casare Balbo, Cesare Cantu, etc.

al historiador soslayar sus preferencias, subjetivismos y opiniones en el estudio del pasado; eliminó todo perjuicio personal para así garantizar la veracidad y objetividad del conocimiento; profundizó en el método histórico relativo a la búsqueda y selección de los documentos, su interpretación o hermenéutica (crítica del documento mediante las ciencias auxiliares de la Historia, y crítica histórica del mismo); y se propuso ceñir la explicación histórica a los datos recogidos en las fuentes.

Sin embargo, la crítica al positivismo fluye rápida: redujo la realidad al seleccionar parte de ella con un claro sabor materialista, en menoscabo del estudio de las mentalidades, las creencias, la historia política y jurídica, la biografía de personas de gran relevancia histórica y decisivas para el desarrollo de los acontecimientos, etc. En su afán por acumular datos y asegurar su veracidad, y de presentar el dato aislado y en sucesiones ilimitadas, se perdió en una multitud de ellos de manera que «los árboles no le dejaban ver el bosque», el pasado histórico. Esto hizo inviable la penetración del dato; dificultó toda síntesis histórica; impidió una auténtica explicación del pasado y la debida comprensión de la realidad mediante la búsqueda de las causas, consecuencias, relaciones e interacciones de los hechos; y la investigación divagó sobre hechos de escasa importancia y aun triviales. El positivismo pudo convertirse —y así ocurrió— en la erudición justificada por sí misma. Se optó por una Historia narrativa, plana, excesivamente analítica y prolija, en menoscabo de la profundidad del conocimiento. El excesivo apego a los hechos patentizados en datos bien perfilados (perfiles cuyo mérito es evidente) hizo imposible una debida interpretación, término éste cuyo alcance aquí no significa suplir con la imaginación o mediante suposiciones lo que la realidad no ofrece, sino el no atarse o vincularse demasiado a los datos empíricos de manera que impidan a modo de sobrevalorar sobre éstos, abarcándolos a su vez con una total fidelidad en lo que dicen, callan y en esto a veces hablan.

La posterior tendencia del evolucionismo dialéctico y después del marxismo, efectuó una feroz crítica al positivismo. Esta crítica no se dirigía contra la reducción del positivismo en sentido materialista —que todos ellos efectuaban— de la realidad, sino contra la falta de sentido (entiéndase en su versión dialéctica y evolucionista) de la historia positiva, y su incapacidad, tanto para interpretar, según ellos recrear) la realidad, como para transformarla. Ciertamente, el positivismo cercenaba una explicación histórica del pasado y mostraba una patente dificultad para penetrar

en los datos; es decir, su historia carecía de «interpretación y sentido». En esto podemos estar de acuerdo con la crítica del evolucionismo dialéctico efectuada al positivismo. Sin embargo, entendemos dichos términos de una manera muy diferente a ésta. Esta tendencia critica la falta de «interpretación y sentido» del positivismo —carencia censurada hoy por la generalidad de los historiadores— aprovechando las diferentes significaciones que se pueden atribuir a dichos términos. La ambivalencia terminológica es, sin duda, uno de los aspectos más utilizados hoy día por la tendencia dialéctica-evolucionista para lograr adeptos.

A pesar de esta crítica, la tradición positivista y la materialista dialéctica o marxista tienen un mismo elemento básico expresado por Ortega y Gasset y citado por Olábarri: «El hombre no tiene naturaleza, sino que tiene (...) historia. O, lo que es igual: lo que la naturaleza es a las cosas, es la historia (...) al hombre» (8).

Aunque por su época y por su temperamento pertenece al positivismo triunfante a mediados del siglo XIX, el suizo Jacobo Burckhardt (1818-1897), cualificado esteta de la historia, reaccionó contra el positivismo materialista con su celebrada obra *Cultura del Renacimiento en Italia* (1860), algunos de cuyos contenidos fueron prudente y posteriormente revisados y puestos en tela de juicio con acierto. Aunque en dicha obra, y como buen positivista, su autor idealizó el Renacimiento, Burckhardt siempre alardeó de acercarse a la historia como a un arte, y aspiró —con éxito— a efectuar una gran síntesis histórica sobre esta importante etapa histórica. Por su carácter estético y su afán sintético, esta obra supone un alejamiento del positivismo histórico. Burckhardt no fue el único que reaccionó contra el positivismo materialista, pues también destaca, entre otros, el alemán Gregorovius.

HISTORICISMO. Esta tendencia supuso una nueva reacción frente al positivismo materialista. En ella se subraya el hecho de la temporalidad del hombre y de las sociedades, de su naturaleza, hechos y valores, en favor de un relativismo aplicado a las humanidades. Toda realidad sería temporal, pasajera, cambiante. Esta reacción también se aplicó a las ciencias política y jurídica (9). Alemania fue el principal foco historicista de Wilhelm

(8) ORTEGA Y GASSET, José: *Historia como sistema*, Madrid, Ed. Rev. de Occidente, 1942, 2.ª ed., pág. 63.

(9) VALLET DE GOYTISOLO explica las diferencias entre la escuela tradicional catalana y la escuela histórica alemana del siglo XIX respecto al vasto campo del Derecho, en *Reflexiones sobre Cataluña. Religión, in-*

Dilthey (que evoluciona desde el positivismo con su problema central sobre la comprensión de la vida), Federico Meinecke y Georg Simmel, etc.

Por su parte, Benedetto Croce (1866-1952) identificó la filosofía con la historia, e intentó reavivar y actualizar el ayer insertándolo en un presente vivido por el historiador como prolongación y realidad dependiente del pasado. Es el denominado «presentismo» aplicado a la Historia, que involucra al historiador psicológica y realmente en un ayer asumido en el presente.

SIGLO XX. La importancia y la complejidad de la historiografía de este siglo es patente. A diferencia de una extendida opinión, en la historiografía europea de los dos últimos siglos ha habido una evolución, y no una revolución desde el punto de vista teórico. Sin embargo, desde un prisma práctico, según Olábarri puede hablarse de una revolución a partir de 1945, en atención a las nuevas posibilidades de las fuentes, temas, métodos y técnicas, que nos permiten hablar con todo rigor de una «Nueva Historia».

Tomamos el ejemplo de Francia (10), uno de los países de mayor tradición historiográfica y que mejor ejemplarifica la variedad de tendencias y escuelas históricas durante este siglo, debido a su considerable actividad científica, vinculada a su carácter eminentemente innovador. Sus principales hitos historiográficos han sido los siguientes:

Entre las dos guerras mundiales, en 1929 se funda la revista *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, dirigida por Marc Bloch y Lucien Febvre, acompañados por Simiand, Labrousse, Mourset, etc. El enlace entre la generación positivista y los fundadores de esta escuela de los *Annales*, se encuentra en la *Revue de Synthèse* de Henri Berr, quien rechazaba y denominaba como historia lineal y de hechos singulares a la historiografía que dominaba los medios académicos de comienzos del siglo xx, para los cuales los hechos históricos serían irrepetibles y el historiador debería coordinarlos y exponerlos en forma coherente según una cadena de causas y consecuencias. Los *Annales* pretendieron el-

teración y dialéctica en su historia y en su derecho, Barcelona, Ed. Fundación Caja Barcelona, 1989, 321 págs., pág. 273-295.

(10) CARBONELL, Charles-Olivier: «La Historiografía en el mundo, principalmente en Francia», en *La Historiografía en Occidente desde 1945*, op. cit., págs. 3-17. Respecto a Inglaterra, vid. BURKE, Peter: op. cit., páginas 19-33; sobre España, OLÁBARRI GORTÁZAR, Ignacio: op. cit., págs. 87-109; y otros trabajos de interés. Véase, también, OLÁBARRI, Rev. *Atlántida* (1990), núm. 4, págs. 35-39.

borar un enfoque nuevo, una nueva Historia, socializada, pluridisciplinar en cuanto núcleo de discusión entre investigadores de las distintas ramas de las ciencias sociales, totalizadora, y que plantease las cuestiones con relación directa al presente. Para ellos, la Historia era la ciencia del hombre en todos sus dimensiones (influencia historicista), pretendían superar el racionalismo filosófico mediante el vitalismo (Bergson), y aspirar a la elaboración de una historia total como síntesis de todas las ciencias sociales, con la consideración de la Historia como reina de todas ellas positivismo). Según Hugh Trevor-Roper, la filosofía de los *Annales* supuso «un tipo de determinismo social limitado por el reconocimiento de una virtualidad humana independiente». Carbonell ha efectuado un análisis del contenido de los *Annales* (1929-1939), según el cual buena parte de las investigaciones se polarizaron en temas económico-sociales. Paralelamente, a diferencia de ella, la anterior *Revue Historique* (1876), perteneciente a la escuela metódica y de carácter positivista, muestra una considerable dispersión temática (historia económica, social, demográfica, política interior y exterior, militar, religiosa, biográfica).

Simultáneamente, marxistas más o menos ligados al partido comunista francés (Albert Mathiez, Georges Lefebvre, Jaurés...) disputaban la influencia a los *Annales*. Según algunos historiadores actuales como Fontana y Arciniaga, los *Annales* adolecían de una «teoría global que articule los elementos dispersos».

Tras la segunda guerra mundial, en 1945 los *Annales* modificaron su título transformándose en *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*. También nace la demografía histórica; se rehabilita la historia oral propia de las culturas extraeuropeas carentes de escritura e incluso de la misma Europa; triunfa la Nueva Historia que toma préstamos del marxismo, aunque corrigiéndolos con otras influencias; y se buscan nuevos métodos y áreas de investigación.

Hoy día, la ya mencionada crisis general de las ideologías afecta con fuerza al materialismo dialéctico. Según Carbonell, la seducción del marxismo ya ha dejado Francia, con el consiguiente y radical alejamiento de él efectuado por nos pocos historiadores como Besançon, Kriegel, François Furet (véase sus estudios renovadores sobre la Revolución francesa), Le Roy Ladurie, etc. Esta ruptura ha sido paralela a la revisión de las citadas «Nuevas Historias» respecto a la Historia económica y demográfica.

En España, la historiografía del siglo xx es deudora principalmente de las corrientes históricas foráneas, ya sea de Alemania, de Francia, o bien de Reino Unido. Sin embargo, esta in-

fluencia exógena no llega antes de 1936. Comienza con entidad tras 1950 a través, sobre todo, de los *Annales* y de las variantes del marxismo propias de diferentes países europeos, especialmente de Francia, Reino Unido y Polonia (11). Pero también llega a través del neopositivismo, de los denominados funcionalismo y conductismo, de la técnica de la cuantificación de la historia oral..., de la ampliación temática en base a la ciencia demográfica, a la economía, sociología, antropología, etc.

Sin embargo, estas «Nuevas Historias», que se auto-consideraban definitivas con un rotundo menosprecio hacia la calificada por ellos «Historia Tradicional» (Historia narrativa), fue «contestada» por los que siguieron cultivando esta última quienes aplaudieron las innovaciones técnicas y metodológicas, pero rechazaron, tanto la consideración exclusivista de las «Nuevas Historias» en sí mismas, como la creencia de estas en el carácter definitivo de su nueva tendencia. Uno de los principales críticos de las «Nuevas Historias» es Lawrence Stone, para quien la crisis de estas últimas es patente (12).

En España se está efectuando una crítica a las «Nuevas Historias»; hay un nuevo interés en la función desempeñada por las

(11) A diferencia del carácter originario y del retroceso del marxismo en Francia, la situación de ésta escuela en España es, según OLÁBARRI, la siguiente: «El influjo del marxismo ha sido grande en la joven generación de historiadores españoles de hoy y, a diferencia de lo que ocurre en los países de origen, no ha decrecido en los últimos años; parece una ley de nuestra historia cultural contemporánea que los nuevos movimientos llegados de otros países alcancen aquí su cénit cuando su decadencia es ya patente en los países exportadores», OLÁBARRI GORTÁZAR, Ignacio: «La recepción en España de la 'revolución historiográfica' del siglo xx», en *La Historiografía*, op. cit., págs. 87-109.

(12) Olábarri identifica la posición de Stone de la manera siguiente: «1) que Stone no recomendaba el regreso a un cierto tipo de historia o el rechazo de otra, sino que decía limitarse a constatar el hecho de que, después de décadas de esfuerzos por construir una historia científica, muchos «new historians», y él mismo entre ellos, habían vuelto por una u otra vía a una historia narrativa; y 2) que el «revival» no se limitaba a la vuelta a la narración (...), sino que significaba una compleja serie de cambios, todos en sentido contrario al rumbo seguido por los «new historians» en los 50 años anteriores: se consideraba ahora que el problema central de la historia no era ya el de las circunstancias que rodean al hombre, sino el del hombre en sus circunstancias; de los problemas demográficos y económicos se giraba hacia los culturales y emocionales; de la influencia de la sociología, la economía y la demografía, a la de la antropología y la psicología; del grupo al individuo; de los modelos explicativos del cambio estratificados y monocausales a los interconectados y multicausales; de la cuantificación del grupo al ejemplo individual; y, en fin, de lo analítico a lo descriptivo y de la función científica a la función literaria de la Historia» (pág. 99).

personalidades tanto en su respectiva parcela del pasado como en su inherente proyección histórica, con la consecuencia del resurgir de los estudios biográficos; se estudian temas de historia cultural e intelectual, historia política e institucional, etc. A decir de Olábarri, existe —como en el resto de Europa— un debate abierto entre las «Nuevas Historias», y el nuevo tratamiento de los estudios históricos:

«Un debate que, a mi modo de ver, debería contribuir a una síntesis entre las más innovadoras aportaciones historiográficas de nuestro siglo —que han contribuido grandemente a un análisis riguroso de las estructuras y los ambientes en los que vive el hombre— y la tradicional, y a mi juicio perenne, condición humanística de nuestra disciplina» (pág. 100).

En mi opinión, este *debate* no es fácil de desarrollar. Ni siquiera es fácil que sea tolerado, admitido, asimilado y participado por aquellos sectores de investigadores de la Historia, influenciados por el marxismo y el evolucionismo dialéctico no materialista, influencia debida tanto al actual mimetismo de los círculos culturales españoles respecto a la Europa noroccidental y central, como al retraso de España respecto al proceso desideologizador citado para Francia. No es fácil la admisión del debate, tanto por los historiadores materialistas, principalmente cuantitativos y socio-económicos, que ansían reconstruir toda la realidad del pasado con un claro prurito cientifista de gráficas, porcentajes y una supuesta exactitud estadística, como por la historia militante que parte de las inquietudes del presente, y utiliza el pasado como justificación práctica de su quehacer socio-político actuante y actualizador. Difícilmente estas tendencias exclusivistas y a veces «pagadas» de sí mismas, que han conquistado con relativo éxito a no pocos investigadores, reconocerán públicamente a sus rivales la conveniencia de la confrontación científica a la que estos últimos aspiran.

Metodológicamente, en la España actual, el estudio del pasado ha avanzado mucho en extensión temática, en profundidad técnica y metodológica, y en calidad explicativa, salvo aberraciones científicas que parten de apriorismos ideológicos, de concepciones previas de la realidad pasada, de parcelaciones de lo real, de reduccionismos temáticos, de utilizar la Historia como arma ideológica y socio-política, de seleccionar el pasado conforme al interés, orientaciones y utilidad del presente, de dar más importancia al método que al acontecer histórico concreto...

El método erudito de indicar datos (hechos o palabras, *facta* o *verba* respectivamente), el método analítico-sintético o explicativo, y el método estadístico... pueden y deben ayudarse mutuamente dentro de sus innatas limitaciones. Cada historiador, con su temperamento, carácter, aptitudes y, sobre todo, formación tenderá a valerse de un método específico para efectuar la denominada «Historia total», siendo quizás infructuoso, a parte de las dificultades que ello supondría, el intentar dominar todos los métodos de conocimiento histórico existentes. El necesario diálogo entre los historiadores para contrastar, homologar y perfilar sus conclusiones sobre los mismos problemas, pero tratados con métodos diferentes, es, entre otras razones, lo que origina los Congresos, Jornadas, Encuentros, etc., de Ciencias Históricas.

III. LA HISTORIA SUBVERSIVA: UNA PROPUESTA PARA LA IRRUPCIÓN DE LA HISTORIA EN EL PRESENTE

Así se titula un manifiesto o alegato, cuya génesis, contenidos y publicación corresponde al Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Deusto en 1990. Su temática son «los problemas teóricos y prácticos que afectan hoy a los historiadores y a la Historia». Su finalidad es «salvar esta disciplina, todavía rescatable del estrago total». Y su medio el «proclamar la responsabilidad social de la reina de las humanidades» para así evitar que la disciplina histórica sea diluida en otras ciencias del presente como la sociología, la antropología, etc.; y «esforzarse en acoplar su enorme caudal, no al entretenimiento o al lujo de la distracción, sino al remedio de las dolencias y desigualdades mundanas», es decir, reivindicar «una Historia que pueda intervenir en el presente social y político de nuestra época»... (pág. 7).

El proyecto es ambicioso y su formulación lo suficientemente nítida. Entre aciertos de contenido y de exposición, creemos que la concepción sobre el quehacer histórico que aflora en dicho alegato está fundamentalmente desviada por suponer un intento de reavivar y remozar viejas tesis en base a un evolucionismo dialéctico no materialista, impulsar y exigir la ideologización de la Historia y del oficio del historiador, su sistemática utilización para fines ajenos a la Historia y al conocimiento del pasado, y la inversión total del quehacer histórico cuya nueva función tendría un carácter sociológico e incluso antropológico transformador.

Los autores de *La Historia subversiva* parten de una realidad

que juzgan —creemos que con acierto— lamentable. Tal es su preocupación por el incierto futuro profesional de quienes, a pesar de la «profunda falta de expectativas sociales o laborales», cursan los actuales estudios universitarios de Historia, estudios éstos considerados por dicho autor como totalmente improcedentes para desempeñar la debida función social de los estudios históricos. Paralelamente, muestran su inquietud, tanto por la dedicación de hecho de los nuevos profesionales (13), como por la necesidad de sacar a la Historia del ostracismo social en que se encuentra sumida (14).

(13) *Vid. La Historia subversiva*, págs. 7 y 15. Queda bien expuesta la diferencia esencial entre el investigador y el profesor (págs. 22 y sigs.): mientras el primero se preocupa en descubrir la verdad del pasado, el profesor es un vehículo de transmisión y formación. Creemos que la crisis profesional de los historiadores noveles afecta, con fuerza, hasta la tragedia personal, a profesores e investigadores, aunque más a estos últimos. Son innumerables las jóvenes vocaciones científicas y pedagógicas tronchadas por la dificultad de situarse profesionalmente. Pocos son los que alcanzan un puesto como profesores; menos los que alternan ambas dedicaciones (a nuestro criterio y por diferentes razones, esta alternancia es lo ideal), y casi ninguno se dedica exclusivamente a la investigación (esta dedicación exclusiva sería el deseo de los autores de manifiesto para las nuevas vocaciones).

Para el curso 1990-1991, ha descendido mucho el número de plazas solicitadas para los estudios universitarios de Letras en el distrito de Barcelona, en la espera de que en otras Universidades haya ocurrido algo similar. Las causas de este descenso han sido «la progresiva devaluación de las Humanidades, confirmada por su desconsideración en las reformas educativas» y «el elevado índice de paro entre sus titulados» (ABC, 21-VIII-1990). Mucho nos tememos que, entre las Humanidades, los estudios de Historia lleven la peor parte.

(14) Aunque injusto y calamitoso, este ostracismo es muy comprensible en una sociedad materialista, hedonista y utilitaria. Al parecer, también influye en él el carácter revolucionario de nuestra civilización (liberal o marxista), en la cual, la devoción filial a los antepasados, la admiración de sus obras, y el deseo de conocer los hechos y aspiraciones de los mayores, carecen de auténtico interés. No obstante, es cierto que existe una «tradición revolucionaria», liberal o marxista, justificada e incluso ensalzada directa o indirectamente por no pocos historiadores. La ciencia histórica actual todavía es deudora de ambas tendencias revolucionarias. En esta postura observamos dos desfases. En primer lugar, existe un quehacer histórico más o menos ideologizado, que parte de unas tesis cuya comprobación dicen que se efectuó ayer, pero que sin duda alguna hoy —creemos— necesita una nueva revisión y demostración, ante la impugnación de no pocas de ellas. Un segundo aspecto es el partidismo quizás insensible e involuntario con el que la historiografía de tradición liberal o marxista y de otras tendencias plantean ciertas cuestiones. El actual triunfo de ciertos modelos de civilización (liberal o marxista), han conllevado una pérdida de objetividad por parte de historiadores inmersos en ambas mentalidades;

Por otra parte, considero incorrecto —me expreso con total libertad y sinceridad— tanto el remedio propuesto y justificado por el manifiesto comentado, como el carácter exclusivista y beligerante de su propia concepción de la Historia que desemboca hasta la violencia verbal para, sin duda, así povocar a los discrepantes. Se quiere salvar a la ciencia histórica de la ruina (en la que creemos no se encuentra, aunque otra cosa es el aprecio de esta ciencia por la sociedad) y obtienen otra ruina mayor, que es su inconsciente intento de defunción. Pretenden que la sociedad respete y aprecie a los historiadores y el estudio riguroso del pasado, lo que consiguieren es desvirtuar totalmente dicho estudio e investigación e incluso el mismo aprecio y respeto por el pasado, y transformar a los historiadores en partidarios de una u otra crítica y solución alternativa a los problemas de nuestras actuales sociedades.

Los autores de *La Historia subversiva* rechazan aquellos estudios, carentes, según ellos, de sentido: los polarizados en la metodología —denominados estudios de «tabla y serial», de «invasión cuantitativa», etc.— y los que propician la confusión de la ciencia histórica con la literatura y el entretenimiento, mediante una vulgarización y trivialización intelectual (15). En realidad,

aquellos que las han evitado se pueden encontrar en una posición ventajosa respecto a estos a beneficio de una mayor objetividad histórica.

Si la tradición historiográfica imbuida en la mentalidad liberal o marxista ha pagado tributo a la mayor o menor distorsión del pasado al llevar implícita una considerable dificultad por parte del historiador para ser imparcial y objetivo, la investigación, movida únicamente por el natural interés por conocer el ayer tal cual fue, incita a estudiar el pasado sin afirmaciones apriorísticas y sin la tentación de utilizar el pasado para justificar un presente o un proyecto ideológico o político actualizador, sino que tan sólo proyecta al historiador para descubrir la realidad pasada, en cuyo caso, la distorsión interesada sólo podría ser una meta tentación, por supuesto que a superar.

(15) Últimamente, abundan las novelas históricas. Consideramos a éste género literario legítimo en su esfera, aunque puede estimular a cierto público lector, indirectamente y sin complicidad alguna por parte de los autores, a confundir la novela histórica con el conocimiento histórico científico. Tenemos presente algunos títulos de RICARDO DE LA CIERVA, LOUIS DE WOHL, JUAN VAN-HALEN, etc. Según RICARDO SANABRE («La moda de la novela histórica», ABC, 17-VIII-1990, pág. 22), «es su peculiar transformación artística (de la novela histórica) lo que puede conferirles carácter estético. Lo contrario no es más que pura arqueología de aficionado: a la postre, ni novela ni Historia». Por otra parte, creemos clara la diferencia entre la novela histórica y la Historia novelada, efectuada con gran acierto, por ejemplo, por ADRO XAVIER (seud.) y otros autores. Ignoramos el sentido real de la afirmación de FERNANDO DÍAZ-PLAJA: «No hay novelas que tengan tanta inventiva como la historia» (*Diario Montañés*, 15-XII-1987). En esta frase, en cualquier caso desafortunada, el término «novela» pue-

simplifican dramática y erróneamente la cuestión mediante un falso dilema: o una historia decorativa, de entretenimiento, anecdótica, de mercado e inútil, y otra enciclopédica y de carácter positivista y sin sentido ... por un lado; o una historia como arma de transformación, con carácter de «herramienta» y «servicio» social por otro, es decir, una historia útil. Según ellos, existe una intencionalidad oculta en ciertas mentalidades e instituciones que potencia la polarización de los estudios sobre el pasado en la metodología —vacía y sin sentido—, con detrimento de la preocupación por el sentido del acontecer humano como proyección sobre el presente. Dicha intencionalidad presumiría de inmejorable —y por ello inmóvil con una crasa violencia contra la ley de la evolución inexorable— la situación social actual. Es decir, según *La Historia subversiva*, las actuales ideologías dominantes de la burguesía democrática (cita las predicciones de Francis Fukuyama, que hemos localizado el «El fin de la historia», artículo publicado en *The National Interest*, 1989), o de la burocracia del Estado (suponemos que el comunismo), creen que la Historia habría terminado que «la historia está escrita y cerrada» (pág. 54). De esta manera, mediante la decadencia de los estudios del sentido de la Historia, «se liquidan las utopías y promesas» (pág. 58). Burguesía y burocracia manipularían a la sociedad logrando de ella la masificación y su incapacidad para una reflexión crítica individual y social.

En estas circunstancias, el primer y gran servicio de la investigación histórica aplicada a la política sería mostrar a la sociedad actual el carácter transitorio y en ningún caso permanente de las estructuras existentes. Por nuestra parte, nos parece evidente dicha transitoriedad conforme a la experiencia histórica, al jocoso refrán de que «no hay mal que cien años dure», a la ley social del cansancio, a que la materia de la historia es la vida, esencialmente dinámica, ya que el historiador es un narrador de mundos en movimiento... Sin embargo, y en rigor, creemos que, debido a la libertad humana y a que nunca debemos asegurar tanto la existencia de un pasado sin previa investigación histórica y empírica, como tampoco la concreción de un futuro por llegar, nada asegura sin posible apelación la transitoriedad o inmovilismo esencial y estructural de las realidades actuales. En investigación, la certeza moral no debe condicionar la seguridad empírica; en caso de elegir entre ambas, un científico de la His-

de entenderse, al estilo de Unamuno o Pío Baroja, como el mejor medio para expresar la dimensión real de la vida, y el de «inventiva» como continua creatividad inherente a toda realidad humana.

toria preferirá, aunque sin prudencia para no caer en el cientifismo, esta última seguridad. De cualquier manera, aunque el historiador probase —lo cual es fácil— la volubilidad de las situaciones sociales del ayer, jamás deberá efectuarlo, como tal historiador, con el fin de influir en la transformación del presente o en la construcción del futuro. Algo muy diferente es la aplicación que los hombres de su tiempo pueden efectuar con las tesis históricas, e incluso el propio historiador en el ejercicio de sus restantes facetas como persona. La diferenciación entre el historiador y sus restantes facultades debe de ser nítida. Una realidad es la ciencia histórica y otra los subjetivismos, opiniones socio-políticas, creencias religiosas, etc. Dicha diferenciación la creemos necesaria para salvaguardar el carácter científico del conocimiento histórico vulnerado por *La Historia subversiva* comentada.

A continuación, proponemos un elenco de afirmaciones efectuadas por *La Historia subversiva*, respecto a qué es la Historia y cuál su método, contenido y función fundamentales. Omitimos sus afirmaciones respecto al fin, objeto, y sentido, etc., de la Historia, tanto por hacer referencia a ellas posteriormente como para ceñir estas consideraciones. De cualquier manera, además del método apriorístico mantenido por *La Historia subversiva*, método evolucionista y dialéctico, creemos que lo más relevante de aquélla es la función adjudicada a la Historia y al historiador, para así liberar a ambos del ostracismo social. En realidad, esta propuesta de Historia no es del todo original, sino un intento significativo de reavivar viejas hipótesis y métodos. La crítica formulada por *La Historia subversiva* al materialismo y a la lucha de clases inherentes al marxismo, es patente; no obstante, aunque al efectuarla, así como en otras ocasiones, rechaza el reduccionismo materialista, los dos primeros textos señalados a continuación reflejan una huella economicista. Por otro lado, hay dos ausencias significativas. La primera y al modo de conclusión histórica tras el estudio de los datos, es la preeminencia de la influencia del espíritu y de las mentalidades —sobre las influencias materiales— en los acontecimientos más relevantes del pasado. La segunda y por lo que respecta al sentido último de la Historia —cuestión que aflora con fuerza en el manifiesto—, soslaya totalmente su sentido providencialista y cristiano. Aunque es cierto que señalar este sentido a la Historia no corresponde al historiador, también lo es que a este tampoco le es propio formular los apriorismos históricos indicados al respecto por *La Historia subversiva*; y, sin embargo, los formula.

Conforme a *La Historia subversiva*, ¿qué es la Historia, cuál su contenido y verdad?:

«La Historia, por tanto, explica pero también señala y corrige el caminar del hombre entre el reino de la necesidad y el reino de la libertad. Cuya mayor parte está compuesta por esos hechos humanos (económicos, sociales, políticos, culturales, religiosos, emocionantes...) que son la fase intermedia de creación, producción y satisfacción de esa necesidad. En este caminar, el animal humano se racionaliza, se socializa y a grandes saltos convive en complejas relaciones de aceptación-rechazo con sus semejantes, con el mundo y el medio que los contiene a todos en el rincón de la galaxia en que está confinada su minúscula grandeza» (pág. 57).

«Para la Historia es fundamental aceptar la realidad y la necesidad de las transformaciones socioeconómicas, como motor de los hechos y sustancia de conocimiento. Su cometido será entonces analizarlos, demostrarlos y subrayar su carácter básico en la vida de las sociedades» (pág. 50).

«La verdad del historiador debe ser una certeza de percepción dialéctica y de valoración política. Una verdad crítica, un concepto que por sí mismo sea combativo. Y que, por tanto, incluya objetividad, subjetividad y capacidad de discernir. Que persiga la superación de lo propuesto y que combine en un juicio proporcionado el interés social con la realidad de los hechos. La Historia-conocimiento, por lo tanto, puede y debe ser un juez que recupere de ese modo la parte más jugosa de su identidad» (págs. 55-56).

¿Cómo se debe reflejar todo ello en la universidad?

Hay que lograr una «fórmula de incorporación universidad-sociedad, en la que se titule a los licenciados en el interés colectivo y no en reliquias. Que haga auténticos profesionales y especialistas sociales en la más amplia aceptación política del concepto (...) (que) se acrediten como peritos en el hombre en sociedad» (pág. 21). Para ello hay que «permitir el acceso a un 'paquete' de asignaturas opción, mucho más adecuadas a las perspectivas profesionales del individuo y a su propia teoría de la Historia, entre las que escoger libremente» (pág. 22).

¿Cómo se deberá investigar?

«La Historia que se haga, por tanto, contribuirá a reproducir el presente y la sociedad existente. Es decir, será conservadora. O por el contrario, podrá incluirse entre los esfuerzos por hacerla cambiar. En este último supuesto la Historia-conocimiento se amoldará al sentido de la Historia conocida; en una verdadera identidad epistemológica. Ple-gándose a ella, interviniendo en ella y procurando mantenerse a su ritmo de desarrollo, formará la unidad de conocimiento-acción que le servirá de guía antes de empezar su trabajo. El resultado de la investigación histórica es, entonces, una parte de la ideología social de su época y debe participar en igualdad de condiciones en las luchas políticas e ideológicas de su tiempo. Será utilizada y esgrimada por unos y otros, en sus propósitos teóricos y alcanzará el timbre de beligerancia, en las mismas condiciones que cualquier otra opinión-conciencia de la estructura cultural de la sociedad» (pág. 30).

«La elección del objeto debe tener en cuenta una regla de oro: la investigación sobre el pasado no puede hacerse más que desde el presente. Si intentamos aislar el presente y en concreto el presente del historiador, de lo que investiga, tendremos el agujero negro de la irrelevancia o el sabor menor del divertimento intelectual. El investigador perseguirá entonces una imposible neutralidad, una Historia-anulación, que le conducirá a hacerse cómplice de la inmovilidad, pero que no podrá hacerle renunciar al influjo de lo actual» (pág. 29).

Respecto a la Historia-conocimiento: «Algunos creen que esta impertinencia o inadecuación social, procede de una equivocada o elitista elección del objeto histórico. De una despreocupación por los problemas actuales y, consecuentemente, por la total ausencia de relevancia o interés. En el origen de esta actitud estaría la inexistencia de una vocación política en la corporación de los historiadores, que no pueden precisamente presumir de intromisión en la vida de las sociedades actuales, sino de un aislacionismo suicida que empeora aún más las cosas» (pág. 14).

«El mayor peligro actual para la Historia es que termine triunfando el proyecto de sus peores detractores, que la relegan al oficio de registrar y suministrar datos de investigación a los 'verdaderos' científicos sociales (sociólogos, economistas, políticos...). Para ello se pretende espe-

cializar a la Historia en cada vez más compartimentos estancos del pasado» (pág. 15).

¿Qué función se rechaza para el historiador?

«Tópicos como el de que conociendo el pasado se construye un mejor futuro, o el de que los pueblos que desconocen su ayer están condenados a repetirlo mañana, puestos en boca de políticos aficionados o magnates del estatus histórico lo único que buscan es evitar que se hable del hoy. Que resulta ser la única realidad en la que, lo mismo la Historia que la sociedad, pueden y deben intervenir» (pág. 17).

¿Cuál es la función principal del historiador?: la función política de intervenir en el presente.

«Para los historiadores, el conocimiento del pasado se convierte en una función política, a través de cuya evidencia se puede colaborar en la modificación del presente» (pág. 56).

«El historiador debe (...) enjuiciarla (a la actividad humana), señalar aciertos y errores y tomar partido. Y de estas perspectivas, proponer cambios y transformaciones a sus contemporáneos» (pág. 57).

Se rechaza a una Historia relegada «a una función cultural decorativa, a un trabajo menor en el que no se reflejan las inquietudes de su tiempo. Sin poder intervenir en el presente, el futuro tiene que ser por fuerza negativo» para la Historia como ciencia y para las perspectivas profesionales de los historiadores (pág. 12). También se rechaza el «progresivo alejamiento de la Historia y los historiadores de la vida pública, de las instituciones políticas y de los centros de poder» (pág. 11).

«Uno de los principales elementos de su función política: la labor de deducir, demostrar y propagar el carácter transitorio y en ningún caso permanente de las estructuras existentes, sean económicas, sociales, nacionales, políticas, religiosas, etc. Ello es una aportación de primer orden para la subversión positiva del presente» (pág. 50).

«Aceptar un modelo de Historia que tenga la preten-

sión de convertirse en arma para la transformación social» (pág. 33), «que sea factor de cambio en una sociedad» (pág. 34), «encaminándose a estudiar y aconsejar, desde sus conocimientos previos, la oportunidad de los cambios sociales» (pág. 26).

«El gran desafío actual de la Historia es imponer su poder político, divulgarse y popularizarse como ciencia del cambio social y del conocimiento de las luchas sociales, para lo que cuenta con mejores instrumentos que ninguna otra ciencia social en ninguna otra época. Pero el programa que puede salvarla incluye necesariamente la intervención en el presente» (págs. 52-53); conforme a las «posibilidades de intervenir en el presente» (pág. 49), al «interés político del presente en el pasado» (pág. 49) y al «interés permanente de lo actual sobre el pasado» (página 47) (...).

La Historia debe ser «comprendida desde un punto de vista militante» (pág. 32). «Intentar oponerse a esta disposición no sólo es científico, sino además reaccionario e inútil a largo plazo. La Historia por lo mismo tiene la obligación de ser fiel a su sentido de cambio y conformarse como una ciencia subversiva, sirviendo de musa y agente de las transformaciones positivas. Adoptará la forma de una ciencia para la agitación y la propaganda, dirigida a suscitar reacciones políticas apasionadas en la sociedad en que se desarrolla. Destinada a ser arma científica del progreso, de las aspiraciones de las mayorías, a ajustar las cuentas a las desigualdades, apoyar los derechos de los pueblos oprimidos, de las minorías o de los marginados. Apropia para desenmascarar los falsos privilegios y las turbias plegarias. Instrumento para denunciar imposturas y apañes. Y, por tanto, condenada a la persecución y al arrinconamiento, que ejerce el poder contra ella, con tanta sutileza como persistencia» (págs. 32-33).

«Reinvindicar la verdadera función de la Historia: subvertir el presente para hacerlo más favorable y positivo para todos (...) La Historia tiene encomendada una misión más alta: la de aportar soluciones e intervenir en el arreglo del presente. El historiador no es un arquitecto de futuro, sino un trabajador del presente» (pág. 59).

No pretendemos efectuar una crítica exhaustiva ni completa a la *Historia subversiva*, aunque sí concretaremos los aspectos

que por considerarlos nosotros más relevantes urgen el rechazo de esta repetitiva y nada novedosa «propuesta para la irrupción de la Historia en el presente»:

1.º El proclamar a la Historia como «reina de las humanidades» puede tener un fuerte sabor historicista, positivista, marxista, etc., a elegir entre una u otra escuela. Creemos que, en el árbol de las ciencias humanas, la filosofía ocupa el lugar cumbre (la teología es la ciencia sobre Dios a partir de la revelación); y que la filosofía no debe ser subsumida en aspecto alguno por la historia (sería caer en el historicismo), ni a la inversa, por ser ambas ciencias independientes entre sí. Esto no imposibilita, sino estimula, el debido diálogo entre la historia, la filosofía y la teología en cuestiones concretas y de gran trascendencia científica.

2.º No creemos en la existencia de una «teoría de la Historia», ni que se pueda estudiar qué es la Historia independientemente del conocimiento de los hechos históricos o bien sin una estrecha y continua dependencia de los datos conocidos y por conocer. Desde el punto de vista del conocimiento, a mayor contacto con el pasado a través de las fuentes históricas corresponde una mayor capacidad para elaborar el qué es la Historia, su objeto, finalidad, etc. En realidad, y para los autores de *La Historia subversiva*, su «teoría» de la Historia parte de consideraciones filosóficas ajenas al estricto quehacer histórico y a la independencia de la ciencia histórica.

3.º Para liberar a la Historia de su ostracismo, *La Historia subversiva* pretende otorgar a aquélla una nueva justificación, identificación y sentido. Para ello, insiste en la función de la Historia y del historiador, otorgándoles un carácter político —en el amplio sentido del término—, utilitario y practicista como es el «intervenir el presente». La función de la Historia sería «subvertir el presente para hacerlo más favorable y positivo para todos» (pág. 59); construir el presente —no el futuro— previo conocimiento de la Historia pero sin voluntad de repetirla.

Esta posición coincide, en parte, con la reflejada por Vicente Pinilla en su trabajo sobre Teruel:

«(...) quien busque aquí una justificación histórica de la 'provincia', no la va a hallar. No es mi objetivo aportar argumentos en este sentido, ni tampoco en contra (...), sino por el contrario, de encontrar explicaciones a su presente desde la Historia. Por ello, quizás pueda sentirse satisfecho quien busque en ésta las raíces del presente, al

que le interese mirar al pasado para lograr un mañana mejor, el que comprenda que como dijo tan bellamente el profesor Fontana, para muchos de nosotros la Historia no es sino una herramienta para la construcción del futuro» (16).

Con el autor, creemos que la función de la investigación no es justificar el pasado ni el presente. Pero, a diferencia de él, también consideramos cierto que la explicación del presente es una función muy secundaria y siempre limitada a los temas históricos que lo permiten, que son una pequeña parte de los existentes. La función de la ciencia histórica queda desvirtuada al ser tendida como herramienta para construir el futuro:

Frente a *La Historia subversiva*, creemos los siguientes:

a) La virtualidad de la ciencia histórica no se mide por su capacidad para la transformación del presente debido al practicismo y presentismo que esto conllevaría, sino por el natural y autosuficiente interés que el conocimiento del pasado como tal adquiere por sí mismo.

b) La función principal de una ciencia debe ceñirse a lo que su naturaleza le exija y permita.

c) La alternativa propuesta por dicho manifiesto o alegato conllevaría la preferencia de hecho por la historia contemporánea y la selección política o ideológicamente interesada del pasado a investigar.

d) También implicaría un serio peligro para la objetividad histórica, debido al grave riesgo de la manipulación de la Historia y a la fácil y a veces tentadora deformación de la realidad del ayer.

e) Significa la sustitución de la Historia por la sociología e incluso por la antropología cultural, y la del conocer por el hacer.

4.º *La Historia subversiva* reduce el objeto del historiador a la ciencia social (págs. 9 y 60), con una lamentable exclusión de la historia política, militar, de las individualidades, el género biográfico, etc., y con la consiguiente parcelación de la Historia. Según los autores del manifiesto o alegato, la Historia no sería

(16) PINILLA NAVARRO, Vicente: *Teruel (1833-1868): Revolución burguesa y atraso económico*, Teruel, 1986, 158 págs., pág. 13.

una ciencia social más, debido a su carácter de «reina de las humanidades». Efectivamente, desde este punto de vista, creemos que las diferencias de la ciencia histórica respecto a las denominadas ciencias sociales son notables: estas últimas centran su interés en los problemas del mundo actual aunque ello exija amplios recorridos y panoramas históricos, mientras que la Historia parte del pasado hasta desembocar en el presente, quedando este último fuera de sus posibilidades y consideración.

Valdeón explica la capacidad integradora, apta para reconstruir una *imagen global de la sociedad*, que posee la disciplina histórica, *enriquecida* ésta con las ciencias sociales como la Etnografía, Sociología, Economía, Antropología cultural, etc. A diferencia de dicho autor, consideramos que dicho enriquecimiento no pertenece propiamente al oficio del historiador, máxime porque el objeto de la Sociología, la Antropología, etc., es el presente. Según J. Valdeón, la Historia-conocimiento no debe limitar su interés a ningún campo específico sino que, de alguna manera, pretende *integrar todos ellos*, aspiración ésta que consideramos prácticamente imposible de llevar a efecto. Una cosa es la denominada «historia total» y otra reunir en una ciencia— la Historia— todas las ciencias sociales. La posición de Valdeón es similar a la de Topolsky, que otorga a la Historia una función de *construcción integral de las ciencias sociales*. Según hemos señalado a este respecto, la distorsión de la ciencia histórica es obvia, toda vez que el objeto de las ciencias sociales no es el pasado, sino el presente, mientras que la Historia es fundamentalmente una ciencia del pasado (17). A nuestro criterio; la Historia *no es una sociología del pasado* por tres razones: por el reduccionismo del pasado que ello supondría; porque no se conservan datos suficientes para aplicar los métodos de la sociología al pasado anterior a la edad contemporánea, y por la

(17) VALDEÓN, J.: *En defensa de la Historia*, Valladolid, Ed. Ambito, 1988; TOPOLSKY, J.: *Metodología de la historia*, Madrid, Ed. Cátedra, 1985, 517 págs.

En la elección de un tema de investigación concurren múltiples motivaciones. Una de las más importantes y convenientes para el buen éxito y finalización de la investigación es el interés del propio investigador en el tema elegido. Sin embargo, si el móvil en la elección de un determinado tema histórico es únicamente lograr una explicación del presente en el cual se vive, se logra una inconveniente exclusión de gran parte del pasado —de aquel que no tiene virtualidad en el presente del investigador o sociedad— en lógico perjuicio del conocimiento histórico. Los polacos Kula y Topolsky; los ingleses Dobb, Hill, Hobsbawn, y E. P. Thompson; los franceses Labrousse, Vilar, Calomon y Soboul, etc., son marxistas consagrados a la Historia.

estrecha vinculación entre Historia y Filología, al basarse la primera en los textos históricos. *Menos todavía la Historia es una sociología del presente*, debido a ceñir su objeto a lo ya acaecido y de lo cual debe obtenerse la debida perspectiva histórica. Es más, *La Historia subversiva* pretende ser una *ciencia social del presente*. Para ésta, la Historia debe dejar «sentir su presencia en la resolución de los problemas del presente. Pero sólo a condición de que esa necesidad haya sido demandada desde hoy» (pág. 52). Este supuesto límite poco a nada limita, debido a su carácter eminentemente subjetivo y a la dificultad, tanto de concretar dicha demanda como de garantizar la objetividad de su contenido.

La Historia subversiva parece hacerse eco de la siguiente inquietud de George Lefebvre:

«(...) sin teoría previa, sin teoría preconcebida no hay trabajo científico posible. La teoría-construcción del espíritu que responde a nuestra necesidad de comprender, es la experiencia misma de la ciencia. Toda teoría está fundada, naturalmente, en el postulado de que la naturaleza es explicable. Y el hombre, objeto de la Historia, forma parte de la naturaleza».

Asimismo, Josep Fontana, en *La Historia en construcción* ha señalado:

«(...) Lo que sucede es que lo primero que necesitamos para poder cumplir con este propósito, es disponer de un nuevo esquema satisfactorio y coherente que sustituya al viejo y nos muestre inequívocamente qué es lo fundamental y de qué puede prescindirse» (18).

5.º Admite numerosos apriorismos históricos y conceptuales, elaborados —además— independientemente de la realidad del pasado, con los cuales se argumenta una «teoría» sobre la naturaleza, función, objeto, método, etc., del estudio de la Historia. Aunque alguno de dichos conceptos resulta evidente partiendo de los hechos históricos (ej., el movimiento está inserto en la vida humana), sin embargo, se elevan a categoría de axioma y se

(18) Del mismo autor, FONTANA, Joseph: *Historia. Análisis del pasado y proyección social*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1982; Id.: «L'ensenyament de la Historia», en *Actes del Primer Symposium sobre l'ensenyament de les Ciències Socials*, EUMO (1988).

desvirtúan totalmente al relacionarlos con otros supuestos (ej., en base a lo anterior, se pasa a formular la ley del cambio, esto es, un cambio concebido como necesario, sistemático y sublimado). Nos encontramos así ante la utilización de la Historia por la Filosofía, es decir, una Historia convertida en «cuasi-historia» y unos historiadores-filósofos.

6.º El conocimiento de la Historia se emprobrece hasta las ilusiones idealistas de Hegel cuando se afirma que ha «de entenderse la Historia como un sistema de vínculos ordenados por leyes» (pág. 49), de manera que lo único necesario sería «descubrir las leyes del desarrollo social y del cambio histórico» (página 50). Descubrir un determinado análisis sería la permanente piedra filosofal, pues el historiador «con su análisis del pasado está diagnosticando el presente y programando su remedio» (página 54). Además del exagerado alcance señalado a dicho análisis, impropio de cualquiera de ellos, ¿no está el análisis invocado viciado de raíz al efectuarse conforme a los apriorismos ideológicos y a las indebidas generalizaciones mencionadas anteriormente?

7.º Sin vinculamos el carácter —conscientemente buscado— beligerante y a un provocador del manifiesto, que rechaza con calificativos peyorativos las concepciones de la Historia divergentes a él y «no subversivas», con la supuesta función política del historiador y con los apriorismos históricos de los que se parte para estudiar el ayer, el historiador se puede sentir fácilmente inclinado a manipular (transformar, recrear) los contenidos del pasado. Esta actitud tiene cierta similitud con la de E. H. Carr y otros autores. Según Wilson, el libro de Carr *What is History* (London, 1961), que insiste en la subjetividad del juicio histórico (la cual en cierto modo compartimos):

«Es un libro deliberadamente provocador, que consigue este objetivo, gracias a una contundente argumentación, ingeniosamente forzada. Uno de los blancos de su ataque es el concepto de objetividad histórica. Los estudiantes de historia son urgidos a 'estudiar' a sus *historiadores*, sus orígenes y entorno antes de ponerse a estudiar historia. Sólo así podrán despojar al historiador de su falso prestigio, pues el historiador es 'un producto de la historia y de la sociedad' y los estudiantes deberían aprender a considerarle como tal» (19).

(19) WILSON, Charles: «Aciertos y errores en las decisiones persona-

Permítasenos centrarnos en una actual tendencia historiográfica sobre Navarra, de la mano de la crítica a la decisión de Carr. Dicho afán provocador también lo observamos en Del Río Aldaz (20), quien califica — y descalifica— de conservadores, intencionalmente manipuladores, faltos de rigor, mentirosos, mediatizados ideológicamente, víctimas de la ignorancia..., a numerosos historiadores. Sólo salva a un autor, a un ilustre médico aficionado —pero riguroso aunque sólo descriptivo— a la Historia, al parecer para así «abochornar» a los profesionales de esta disciplina, aunque al fin —y como era de esperar— también desplaza a aquél por su positivismo y sus limitaciones. Lógicamente, Del Río presenta su investigación como la única válida y aun definitiva, con menosprecio de las restantes investigaciones, anteriores o coetáneas a sus propios trabajos. En realidad, recientemente se han publicado algunos trabajos que exigirían a Del Río modificar sus iniciales puntos de vista, e incluso alguna de sus descalificaciones personales. Este autor ha pretendido ser el desvelador de todo mito o beneficio de la denominada por él auténtica Historia.

La carencia de rigor del título del libro de Del Río, —supone lo que fue la guerra carlista sin estudiarla— sus coloquialismos y vulgarismos impropios de una tesis doctoral, su toma de partido a favor del liberalismo y los liberales (no en vano algunos pensadores consideran a la Revolución francesa un acontecimiento necesario para la posterior revolución proletaria), el empirismo «cargado de datos» utilizado con un claro sentido a beneficio de un evolucionismo dialéctico de lucha de clases, la lectura parcial e incluso equivoca de ciertos textos... son significativos. No obstante, nosotros no negamos nuestro respeto hacia el autor, como tampoco los logros y aciertos de su investigación: no se puede decir que lo mismo haya la obra citada.

La «cruzada» contra los *mitos* elaborados en torno a Navarra comenzó, según sus valedores, hace años. El Fuero, el Carlismo... y todo componente sociológico, psicológico y espiritual del denominado «navarrismo» serían unos *mitos* creados por una clase social dominante para extorsionar a las bases sociales (21).

les en la historia. Tres ejemplos: Isabel I de Inglaterra, Cromwell y De Witt», *Las individualidades...*, op. cit., págs. 195-209., pág. 204.

(20) DEL RÍO ALDÁZ, Ramón: *Orígenes de la guerra carlista en Navarra (1820-1824)*, Estella, Ed. Príncipe de Viana, 1987, 471 págs.

(21) Nos centramos en la actual crítica del Fuero efectuada por diversos autores. Esta crítica, ideologizada, considera que el Fuero anterior a 1839 (fin de la primera guerra carlista) y 1841 (ley Paccionada para Navarra) sería una creación de las clases dominantes feudales o semif feudales

Por eso, Del Río es un autor más en la labor de desmitificar el pasado. Por ejemplo, Juan Pan-Montojo, en los agradecimientos con los que inicia su libro, cita a «la nueva generación de historiadores navarros (...) que han iniciado el difícil e importante trabajo de desbrozar de mitos ideológicos, tópicos y prejuicios,

para mantener sus privilegios económicos mediante la conservación del poder político foral o feudal en sus manos. Posteriormente, el Fuero sería una creación de la burguesía liberal de Navarra quien, para garantizar su poder económico y social, también pretendió ocupar el poder político; para ello creó el mito del Fuero que le permitiese controlar a toda la sociedad navarra engañada políticamente por ellos con el señuelo Foral. La primera expresión peculiar del mito foral conllevaría la consideración de la ley de 1841 como Paccionada; ley ésta que supondría un régimen financiero y tributario favorable a dicha burguesía dominante en perjuicio de la clase proletaria y asalariada. En ambos casos «Forales», los del Antiguo y Nuevo Régimen, una minoría privilegiada de navarros explotaría a una mayoría plebeya o proletaria, desheredada, también de navarros. El fuero sería creado por una élite al exclusivo beneficio de sí misma, para mantener un poder económico «contestado» de diversas maneras por la base social (por ejemplo, por las bases populares del realismo en 1820-1823 y del carlismo en 1833-1839). La historia del Fuero sería la historia de la lucha entre una minoría privilegiada de navarros contra una mayoría y, como reverso, el intento de sublevación de ésta última. Este intento habría sido ocultado y desvirtuado desde que se produjo hasta hoy, tanto por las élites privilegiadas que buscaban mantener el Antiguo Régimen mediante las guerras realista y carlista, como por la historiografía conservadora favorable a dichas élites arcaizantes y antiprogresistas. La mitificación del Fuero sería, en cada caso, una idealización interesada del pasado, de algo inexistente a beneficio de los intereses de una clase privilegiada tradicional o liberal.

También la Iglesia institucional tendría su responsabilidad en la creación del mito Foral, como propietaria cuasi-feudal en el Antiguo Régimen, y como propietaria y vinculada al poder político conservador tras 1841. La Iglesia se vincularía, primero a las clases dominantes de la aristocracia y la burguesía ennoblecida, y después a la burguesía; siempre vinculada al poder económico y político, y utilizando los mitos religioso y Foral simultáneamente para mantener sus situaciones de privilegio.

Es más, según M.^a Cruz Mina Apat, el Foralismo del siglo XIX y XX sería una creación típicamente del liberalismo navarro. Entre otras cosas, al ser el mito Foral señalado como «culpable», también sería «acusada» como «culpable» la burguesía navarra, con lo cual la Historia ganaría protagonismo en la lucha ideológica y política de la actualidad.

Parte de ésta interpretación, asombrosa desde cualquier punto de vista, ha sido defendida por miembros del «Instituto Gerónimo de Uztariz», lo cual no niega el valor de ciertas investigaciones efectuadas por aquellos de los más cualificados. Esta defensa se ha realizado, en parte, en varias ponencias presentadas a su «Primer Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII-XIX-XX», celebrado en Pamplona en diciembre de 1985, así como en varios trabajos, publicados en el Boletín núm. 2 de dicho Instituto (1988), 120 págs. Omittimos los nombres de los investigadores más destacados al respecto.

En dicho Congreso, Francisco Tomás y Valiente presentó una «provoca-

el conocimiento del pasado de Navarra» (22). Resulta paradójico afirmar científicamente la existencia de mitos, etc., sin trabajos *concluyentes* demostrativos; incluso, en el caso de una demostración, el recurso al mito más parece un apriorismo de lucha que la formulación de una tesis científica. No es preciso insistir sobre

tiva» ponencia, no publicada en las Actas, titulada «Aspectos político-institucionales de Navarra en los siglos XVII, XIX y XX», de naturaleza polémica y beligerante. En ella se efectuaron ciertas afirmaciones más allá de lo estrictamente científico, de carácter ideológico y militante: «el historiador de hoy, que como hombre individual participa de un modo de ver todo desde el punto de vista racionalista, está en mejor punto de partida para hacer historia» que los restantes; la razón se mide con criterios de mayoría; el conservadurismo económico y político ha creado el mito Foral; la creación de aquellos mitos cuyo responsable interesado en dicho conservadurismo, conlleva la alienación del pueblo, en claro perjuicio de éste. Dicha ponencia y ciertos trabajos de diversos autores, tienen una clara proyección práctica de compromiso ideológico. Desde un punto de vista práctico, Tomás y Valiente nos permite *imaginar* a una mayoría (por serlo, poseedora de la razón y en cuanto tal «desalienada») popular, que desee desplazar definitivamente a la minoría conservadora de los privilegios económicos y, por ello, del poder político, al que —según ellos— se aferra para conservar aquellos. Para lograrlo y una vez conseguido, el centro de atención popular pretendería derribar el mito creado por dicha élite privilegiada y de poder; el sentimiento popular actuaría con contundencia y sin contemplaciones contra el mito irracional, alienador y opresor, declarando a sus interesados creadores como culpables de un grave delito contra un pueblo hasta entonces oprimido. Ignoramos los medios utilizados en esta lucha, aunque en nuestra *hipótesis interpretativa* imaginamos que deberán de ser los que aporten una victoria segura y eficaz. Los medios, con ser importantes, sería lo de menos; lo más relevante fue la frialdad y contundencia de la exposición de Tomás y Valiente —a pesar del trascurso de los años todavía me impacta su recuerdo—, y su gran coherencia ideológica, en lucha.

Del Río fue contestado por Rafael Gamba en *Diario de Navarra*, 4-XII-1987; y Tomás y Valiente y las hipótesis del «mito Foral» por Jaime Ignacio del Burgo (*Diario de Navarra*, 21-I-1986) y José Angel Zubiaur (id., 20-III-1986), aunque ninguno de ambos —y si el autor de estas líneas— asistió al la sesión del Congreso citado.

Al parecer, Pablo Antoñana, escritor a veces aficionado a la Historia, ha aportado su «grano de arena» (por su frenético parcialismo y anticarlismo que utiliza la Historia y se aprovecha de un precioso álbum de un veterano carlista lleno de preciosas miniaturas: en fin la arena transformada en lodo) a ésta interpretación al señalar sobre los Fueros defendidos por los carlistas en 1876: «¿Los Fueros?, una administración medieval arcaica, roída por el Poder central día a día y que servía a sumisos notables y principales, que los utilizaban en beneficio propio», ANTOÑANA, Pablo: *Noticias de la segunda guerra carlista*, Pamplona, Ed. Gobierno de Navarra, 1990, col. «Panorama», núm. 16, 53 págs. (101 lám. s./n.). El precioso álbum utilizado en parte, se conserva en la cámara acorazada del Archivo General de Navarra. Lo hemos contemplado no pocas veces, y nos apena sus tristes destino y utilización, tan contraria a la voluntad de su autor, al parecer hombre de fidelidad y vibrar carlista.

esto, salvo mencionar la también reciente publicación de un libro del escritor Pablo Antoñana que «desmitifica» —sin prueba alguna— el Carlismo navarro de la tercera guerra (1872-76), en cuya versión añade una fuerte dosis de rechazo del Carlismo que pasa hasta el insulto. Claro está que este último libro no se presenta como estrictamente científico a diferencia de los anteriores, aunque utilice una documentación a través de la cual su autor pretende desvelar el pasado (23).

Paralela a esta interpretación «desmitificadora», últimamente Emilio Valerio —a quien mucho apreciamos— ha vuelto a insistir en la existencia del Fuero político de Navarra, como realidad y no como mito, durante los siglos XIX y XX, así como en la capacidad de éste para vertebrar la entidad política que es Navarra. Sin embargo, creemos que ciertos fundamentos y perfil de las afirmaciones que conocemos de Valerio, no se ajustan rigurosamente a la realidad del pasado (24).

(22) PAN-MONTOJO, Juan: *Carlistas y liberales en Navarra (1833-1839)*, Pamplona, Ed. Gobierno de Navarra, 1990, 208 págs. Aparte de las indudables aportaciones científicas de éste libro, considero impropio en un científico el tratamiento que dispensa a cierto historiador, tanto en sí mismo como por extraer la afirmación que critica de su contexto, por no comprender la verdad condensada en una ironía, no apreciar el recurso narrativo por el cual el investigador se incorpora en sus personajes en alguna ocasión, no distinguir el núcleo de una investigación de las adherencias finales que amplían la visión expuesta en aquel, no aprovechar las aportaciones ofrecidas al tema estudiado, sustituir el esfuerzo crítico por la descalificación gratuita no ya sólo del trabajo que contraría sus tesis, sino también de su autor... Se puede y debe discrepar científicamente, pero nunca mutilar, distorsionar, desvalorizar y menos intentar desprestigiar ciertas tesis, historiadores, trabajos y revistas históricas. *Vid.*, págs. 171-172. Parece que el autor ha seguido de cerca el consejo citado de Carr de estudiar más al historiador (por supuesto que a su manera) que su investigación.

(23) *Vid.*, nota 21.

(24) Valerio, muy acorde con la posición de Jaime Ignacio Del Burgo, mantiene la existencia de una mutua oposición entre los ilustrados y el denominado Antiguo Régimen en Navarra, es decir, entre los ilustrados renovadores por un lado y el clero y los pueblos del Norte de Navarra por otro, identificando a este últimos sector con la Navarra medieval. Afirma la identificación entre el liberalismo moderado y la modernización, y que las Cortes del reino y el clero eran un freno para dicha modernidad; que el liberalismo sería necesario para la pervivencia del Fuero navarro; hubo una continuidad y no una ruptura entre las instituciones del Antiguo y Nuevo Régimen en Navarra; los liberales se destacaron fundamentalmente por adaptar a Navarra las ideas foráneas a ésta, puesta la mirada y esperanza en el futuro; donde más influyó el Carlismo sería en 1936 y en la definición del Régimen de Franco, y no en el siglo XIX en la defensa de los Fueros. En adelante, la clase media, burguesa y católica, marcó cómo iba a ser Navarra, superando así el viejo enfrentamiento entre libe-

8.º Según *La Historia subversiva*, el historiador debe juzgar el pasado y ayudar a «reprogramar nuestro presente para interpretar, enjuiciar y mejorar el de todos» (pág. 59). No en vano, arremeten contra Bloch y Febvre, los fundadores de los

rales y carlistas y las ideologías que ambos representaban; el mejoramiento Foral de 1982 sería la expresión de una supuesta evolución perfecta del Fuero y de Navarra, efectuada durante los últimos 200 años a partir de finales del siglo XVIII. Quiere identificar los principios de la Revolución francesa con dicho perfeccionamiento de origen histórico al que nuestros días serían deudores. VALERIO, Emilio: «Contribución al estudio sobre el origen y evolución de la foralidad Navarra», tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1988. Estas afirmaciones que reseñan dicha tesis las encontramos en *Diario de Navarra*, 17-IX-1989, pág. 46 donde se inserta una larga entrevista con el autor. Conocemos las tesis de Valerio por la extensa reseña periodística señalada. Según aquellas y a la espera de la publicación de dicho estudio, parece que nada se ha investigado en los últimos años, pues ciertas afirmaciones expuestas ya han sido puestas en tela de juicio y declaradas insuficientes e incluso erróneas conforme a realidades que consideramos documentadas.

Creemos que la respuesta a la postura «crítica» (nota 21), y a Valerio es la siguiente: hay varias clases de Ilustración por lo que falta una conexión *global* entre la Ilustración *en general* y el liberalismo posterior; el liberalismo no poseía la exclusividad del progreso material —y menos espiritual—, pues también los sectores no liberales lo buscaban, estaban comprometidos con él, y podían crear las condiciones aptas al efecto aunque con patentes diferencias respecto al liberalismo; el Nuevo Régimen supuso una ruptura en las instituciones del reino de Navarra y, a modo de ejemplo, también en el ayuntamiento de Pamplona; con la Revolución liberal el Fuero del reino quedó truncado y desvirtuado y el municipal de Pamplona anulado; el liberalismo convirtió al reino de Navarra en una provincia, con el despojo de una gran parte de sus inalienables derechos forales; las atribuciones de la Diputación Provincial tras 1841 adolecían de una pérdida de competencias respecto a las que poseía anteriormente, a pesar de su incorporación de algunas propias del abolido Consejo Real del reino de Navarra; las concesiones o derechos reconocidos por la ley Paccionada de 1841 a favor de Navarra, no respondieron a los derechos del viejo reino, ni al sentir de los navarros —en general favorables a D. Carlos— por haber sido pactadas entre los liberales moderados de Navarra y los del Gobierno de Madrid; el denominado Antiguo Régimen (una vez caído ha sido y es fácil hacer astillas y fuego con él) tenía la virtualidad de su propia perduración previas reformas en su seno, ansiadas por un sector de sus partidarios más firmes, ansiedad ésta susceptible de un detenido e interesante estudio; los liberales navarros eran foralistas *per accidens* y a pesar de ser liberales, mientras que el Carlismo lo era *per se*, como lo más propio y natural; la tendencia renovadora (en la variedad de sus manifestaciones) que en España hunde documentalmente sus raíces hasta finales del siglo XVII (Corona Baratech y otros) inspiró, al parecer, a amplios sectores del realismo y después del Carlismo peninsular, sobre todo en Navarra, por haber vivido ésta —aunque como excepción bajo el trono centralista de los Borbones— el régimen político tradicional y Foral hasta la Revolución liberal. Suponemos que la tradición de Navarra miraba al futuro, no se anquilosaba en sus insuficiencias y tenía una clara vocación

Annales, según los cuales el historiador debe «explicar, comprender; pero jamás juzgar». Por nuestra parte, creemos que el historiador debe de abstenerse de dar juicios tanto debido al subjetivismo que éstos implican, lo cual contrariaría la necesaria objetividad de toda ciencia, como por la dificultad de poseer todos los datos del pasado y de alcanzar así una perfecta comprensión de las circunstancias. Si alguna vez el historiador efectúa algún juicio (nunca como sistema), debe presentarlo con todas las cautelas, y realizarlo en aquellos aspectos que poseen una gran importancia, en los que se comprende una cierta confluencia entre la faceta del historiador y otros interrogantes propios de un hombre en continuo contacto con las personas y circunstancias del ayer, máxime cuando se acerca a lo que Alvaro D'Ors denomina «verdad histórica», cuyo conocimiento va más allá de las posibilidades de la ciencia histórica. Los temas respecto a los cuales se puede admitir que el historiador efectúe cierta interpretación y formule algunos juicios prudenciales podrían ser, por ejemplo,

actualizadora. La complejidad y pluralidad social innata a toda comunidad —no ya sociedad—, sobre todo en Navarra debido a la gran variedad de sus gentes, nos permite no aceptar el reduccionismo que supone el creer que la clase media fue quien determinó cómo iba a ser esta provincia: la vieja querrela entre liberalismo y carlismo no depuso las armas —basta imbuirse de hemeroteca—, ni siquiera durante la II República en donde se presentó una candidatura única de derechas.

En fin, negamos: que la aportación de la Revolución francesa tuviese un saldo positivo para Navarra, sin que esto suponga un juicio de valor moral; la continuidad institucional y práctica entre el espíritu reformista del siglo XVIII en Navarra y el liberalismo; la necesidad del liberalismo para el progreso material e institucional; que los liberales navarros sirviesen al Fuero (aunque foralistas a su modo más bien se sirvieron de él); la continuidad entre la plenitud Foral del reino de Navarra y los mínimos forales (si así pueden llamarse) de la ley Paccionada de la nueva provincia; la permanencia institucional, social, política, etc., de la Navarra anterior al liberalismo en la Navarra posterior a la victoria de ésta ideología exógena a dicha provincia.

Valerio señala: «lo que iba a ser una historia de la foralidad y el Fuero, terminó en un estudio de las ideas y los hombres políticos de Navarra durante el período estudiado, del siglo XVIII al XX». El proyecto era ambicioso, y lo que todavía no han podido efectuar los historiadores por su complejidad, lo ha intentado hacer un hombre de leyes, fiscal del Estado. De todas maneras, repetimos, esperamos la publicación del trabajo comentado. En vez de interdisciplinariedad, asistimos a la absorción del vasto tema del Fuero en sus manifestaciones sociales, de mentalidad, etc., por una investigación que —a nuestro parecer— debería limitarse al campo del Derecho. Esto no me es fácil de comprender. En realidad, y sin ánimo de exclusivismo, parece que la ciencia histórica es el reclamo principal de no pocas investigaciones que no son propiamente Historia. ¿Será por ser la «reina de las humanidades»?; no lo creemos.

los grandes hitos que jalonan el acontecer histórico de los siglos modernos y contemporáneos, con motivo de los cuales conviene que la ciencia histórica entre en diálogo interdisciplinar con otras ciencias independientes como la Filosofía, Teología, etc.

La mala costumbre, a veces sistemática y aun implícita en ciertos análisis históricos, de realizar juicios sobre el pasado, implica, además de la citada pérdida de objetividad histórica y el subjetivismo inherente a todo juicio, la tendencia a situar a dicho subjetivismo el juicio como centro del quehacer histórico. Conforme a estos supuestos, la Historia dejaría de ser una ciencia, transformándose —en el mejor de los casos— en erudición o, en el peor, en opinión transformadora de la realidad del presente y muchas veces también del ayer.

9.º La labor del historiador encuentra su sentido en «anunciar el modo en que la humanidad se ha enfrentado a su destino para mejorarlo y equivocarse», pregón este cuya formulación conlleva una clara intencionalidad para la transformación eficaz del presente en un sentido dialéctico. El sentido de la Historia sería alcanzar «la prometida y utópica libertad igualitaria» (pág. 57), un «punto utópico de libertad y paz generales, al que la humanidad llegaría después de la larga travesía entre el reino de la necesidad y el reino de la libertad» (pág. 31). Estas afirmaciones se vinculan a la patente simplificación acerca de lo que es la vida: «procurar subsistir y alcanzar el bienestar, a través de una gradación conflictiva» (pág. 31).

En todo ello observamos una confusión entre la labor propia del historiador y sus variopintas proyecciones como hombre. Confusión según la cual el historiador, como tal, debería de poseer unas ideas e intencionalidad filosófica, a nuestro criterio inadmisibles en su función de historiador, de científico del pasado. De un pasado donde posibilidad y realidad no siempre se identifican, donde la multiplicidad de concreciones de lo real pueden ser asombrosas en cualquier circunstancia, y donde intervienen —o pueden intervenir— factores tan aleatorios como el libre albedrío el misterio que encierra cada hombre, la conciencia humana, el azar, la casualidad, la imaginación, la sorpresa, lo casual, ideas y decisiones individuales, las formas de ser... No debemos forzar la realidad.

Las preferencias personales, la carga intencional, la Filosofía..., pueden existir en el científico en cuanto hombre; sin embargo, en su quehacer como historiador, lo que en realidad interesa es conocer el pasado con la mayor fidelidad posible. El deseo sincero por encontrarse con el ayer tal como fue

debe ser el norte y guía del trabajo, efectuado éste tan sólo con los datos aportados del pasado. Esto no impide que el estudio fiel del ayer ilumine el presente de alguna manera y según el tema. La Historia sólo es partidaria de sí misma, esto es, de lo ya ocurrido y tal como ocurrió; no existe un estudio histórico auténtico de carácter beligerante, militante, apologético. Una cosa es que la investigación histórica como tal deshaga un incorrecto entendimiento del pasado, otra que este conocimiento sirva a otras disciplinas científicas para sus argumentaciones, y una tercera que el ensayo parta de todas las ciencias como firme sustrato

10.º *La Historia subversiva* considera como objetivo de la investigación histórica el estudiar lo que denomina como movimiento y lucha. Todo ha estado siempre en movimiento heracliano. A nuestro parecer, y desde una perspectiva histórica, las manifestaciones de lo real han variado sin que ello indique que la mutación sea un constitutivo del ser y no sólo un predicable, ni que toda la Historia sea, sin más, un producto de cambios y transformaciones. Hubo etapas históricas como los comienzos del Renacimiento cultural y de la Ilustración en general, en que las élites culturales y políticas tenían una conciencia de diferencia respecto a las élites de la etapa anterior; sin embargo, en otras épocas, por su homogeneidad y su larga duración, esta percepción y conciencia pudo ser inexistente. Asimismo, la Historia no es sólo una sucesión de cambios rápidos o lentos, pues también acontecen claras fases de asimilación, consolidación y aun estancamiento de una concreta manifestación del ser. Además, en las épocas que caracterizamos como de cambio, hay numerosos elementos anteriores que persisten, la mutación —en lo que respecta a los aspectos más decisivos— pueden afectar sólo a una pequeña parte de la sociedad, y las evoluciones se diferencian claramente de las revoluciones culturales o políticas, es decir, de la ruptura en las ideas, mentalidades, costumbres, valores, etc. En la Historia, todo relativo cambio ha supuesto, a su vez, una relativa estabilidad.

Coincidimos con Bernard Bailyn, según el cual es desafío actual está en «escribir unas narraciones que estén dominadas por un sentido del movimiento a través del tiempo, que incorporen los estudios técnicos, muestren cómo el mundo actual fue moldeado desde un pasado muy diferente y, por lo tanto, estén concertadas en los movimientos críticos de transición del pasado al presente» (*Atlántida*, 1990, núm. 4, pág. 20).

Según el elegante comentado, la lucha de clases ha sido sustituida para la mejor comprensión del pasado, por un continuo,

excluyente y aun brutal forcejeo «con alguien o contra los demás y el entorno natural establecido». Es evidente, hasta la redundancia, que la vida supone un esfuerzo, aunque es una realidad oculta —que se puede rastrear en las biografías— que este forcejeo tiene lugar sobre todo en el interior del hombre, y se encuentra en éste consigo mismo más que con otros hombres o el entorno. El escenario más auténtico es el interior del propio hombre. En realidad, la conciencia ha sido la fuerza motora de numerosas decisiones históricas (el caso de Lutero es uno de los más llamativos). Sin comprender, en lo posible, la conciencia humana, no se puede descubrir ni entender los principales —por no decir ninguno— acontecimientos históricos de envergadura, ni otros de menor o escasa relevancia. Quizá sea ésta una de las mayores limitaciones del historiador: lo verdaderamente interesante se desconoce, pues el corazón del hombre, el verdadero y profundo escenario de la Historia, queda vedado al historiador casi totalmente. En relación con la intimidad humana, advertimos que la conciencia individual (las ideas...) fue anulada, en su día, por la escuela de los *Annales*, al insistir ésta en la conciencia colectiva (las mentalidades).

En realidad, no toda manifestación humana ha supuesto un forcejeo, ni éste ha sido el ideal de no pocas sociedades. Desde la perspectiva del historiador, lo primero es concretar y explicar los acontecimientos del pasado para así conocer los esfuerzos que los originaron. Al insistir incisivamente en el hecho del movimiento y la lucha, estas categorías pueden ganar entidad por sí mismas en detrimento incluso de los hechos históricos que son los que primeramente nos deben de interesar. La imagen visionaria de *La Historia subversiva* se expresa de la manera siguiente:

«Pero este forcejeo se ejerce siempre en disputa con alguien o contra los demás y el entorno natural establecido. Se trata de una lucha sin contemplaciones, de una competición la mayor parte de las veces cruel. Como sucede en el reino animal, el hombre individual o asociado a otros hombres provee a sus intereses mediante una riña excluyente. Este elemento es básico y denominador común histórico. Es el componente más significativo de la historicidad humana, porque se puede encontrar en el origen y desarrollo de los grandes y pequeños acontecimientos de la especie. También como entre los animales esta competición tiene límites y leyes, que pueden ser conocidos, ordenados y previstos, descontando los debidos márgenes erráticos, que no afectan a la trayectoria global» (pág. 51).

Según esta formulación, la lucha es elevada al ámbito de los principios. El maximalismo, reduccionismo y apriorismo de este esquema, temple y contenidos, es evidente para un historiador. Seguramente dichas afirmaciones, de inspiración existencialista, originarían un debate filosófico, pero nunca histórico, por lo que prescindiremos de tenerlas en cuenta en lo que respecta al método de la ciencia histórica.

No es fácil comprender el sentido que pueden tener las reales o supuestos constantes del movimiento y de la lucha citadas en el texto, de no incluirlas en la mentalidad evolucionista y dialéctica compartida por el manifiesto comentando. En dichos aspectos, la formulación de este último filosófica y, por ello, puede recibir impugnaciones desde la ciencia de la filosofía. Ello no niega que, en las realidades concretas del pasado, se constante empíricamente, como parte de la realidad, la presencia de la movilidad y de las tensiones sociales de todo tipo.

11.º *La Historia subversiva* establece una estrecha vinculación entre los elementos siguientes: la estructura establecida en la sociedad actual, la ideología dominante, la burguesía, el inmovilismo, le denominada Historia cerrada, la trivialización de la ciencia histórica, el descriptivismo y el concepto de Historia mantenido —intencional y conscientemente— según él por la Academia y las Universidades, etc. Estas generalizaciones y vinculaciones, al parecer de inspiración ideológica, deberían ser demostradas y no meramente formuladas. En realidad, numerosos Departamentos de la Facultades de Historia que hay en España han mostrado su competencia e independencia profesional, aun-todavía las ideologías —y las «teorías» previas a la investigación— aniden en determinados Departamentos. La recesión ideológica experimentada en Francia se está retrasando en España, quizá por nuestro deseo de independencia científica, fidelidad a las posturas adoptadas con retraso y el frecuente mimetismo respecto a las corrientes europeas, según el caso.

12.º La objetividad histórica desaparece al considerar que «el historiador debe hacer valer su función como eje de la historia. El es el protagonista de lo que investiga, descubre y escribe» (pág. 54). El elegato continúa: «Debe aprovechar el caudal de influencias recibido en su formación y cultura, absorbidas del mundo contemporáneo y derramarlo en iluminar el objeto de sus trabajos por muy alejados que le parezcan en el tiempo». Esta afirmación se vincula a otras, según las cuales el historiador debe

juzgar el pasado, su principal función es construir el presente, y no puede evitar la influencia de su época. Creemos que, precisamente, debido al compromiso de los estudios históricos por la modificación del presente, a la conveniencia de evitar extremos, y para poder ser fieles al evolucionismo dialéctico, según *La Historia subversiva* «debe evitarse la degeneración partidista de esta función (...) de hacer pasar por el aro de nuestros intereses actuales cualquier hecho del pasado. Así se forzaría la lógica de los hechos, o se negaría su objetividad (...) sin respetar la condición de conocimiento indispensable: la realidad autónoma del hecho histórico» (pág. 56). De todas maneras, esta «objetividad» del hecho histórico nunca podrá —al parecer— ser captada, conforme al idealismo trascendental kantiano, que —creemos— emerge en los razonamientos del manifiesto.

Conforme al protagonismo adquirido por el sujeto (el historiador) frente al objeto (el pasado), en base al cual —según el manifiesto— el conocimiento no abarca con fidelidad al objeto, es muy pretenciosa la disposición de que «sólo a través de él (el historiador), pueden los demás identificar el interés del pasado».

Aunque no es fácil, sobre todo si se eligen temas de gran proyección y expectación actual, creemos que *si es posible lograr la objetividad histórica*, precisamente porque el conocimiento del historiador depende del dato (hecho o *facta*, palabra o *verba*) extrínseco a él. La misión del historiador será supeditarse al dato empírico y comprenderlo con objetividad y precisión mediante el ejercicio de las reglas de la hermenéutica. No obstante, aunque la objetividad es posible, no es absoluta sino limitada. Por eso, el diálogo entre los profesionales en los Departamentos de las Facultades universitarias, en Congresos, Jornadas, etc., ayuda mucho para lograr una mejor comprensión de la realidad pasada. Una cosa es la objetividad, alcanzada en una concreta investigación, y otra que la realidad sea descubierta y captada en la plenitud de sus múltiples facetas. Mientras que la objetividad es irrecusable en la ciencia histórica, pocos historiadores pretenderán captar por sí mismos toda la realidad. Conforme a las posibilidades del entendimiento humano, a la recta intención científica, a la utilización de la debida metodología, creemos que sí es posible la objetividad, es decir, «esquivar la carga política o socioeconómica que flota en el aire en la que (el historiador) está inmerso». De acuerdo con los numerosos y cada vez más frecuentes estudios y a la relación profesional existente entre los historiadores, el conocimiento de ciertas realidades del ayer ha

alcanzado una razonable plenitud, aunque siempre se pueda ampliar el panorama temático y perfeccionar su tratamiento. La plenitud de una investigación es una importante garantía para garantizar su objetividad.

La *Historia subversiva* rechaza con más vehemencia la posibilidad de la objetividad histórica que la posibilidad de la «Historia total», es decir, que la capacidad de estudiar, según esta última, las múltiples facetas e implicaciones que conlleva la investigación de cada acontecimiento relevante del pasado. Su ataque a la objetividad y a quienes la mantienen, es frontal y abierto. Quienes no acepten los supuestos ideológicos de los que parte el manifiesto y, en consecuencia, su distorsionada comprensión de la función del historiador, deberán de ser recriminados infatigablemente, toda vez que «el investigador perseguirá entonces una imposible neutralidad, una Historia-anulación, que le conducirá a hacerse cómplice de la inmovilidad, pero que no podrá hacerle renunciar al influjo de lo actual» (pág. 29).

Es nuestro criterio que la investigación del pasado se efectúa desde el presente, pero desvinculándose de él, debido a sus diferentes materias (lo que fue y lo que es), objeto (buscar la verdad del ayer o del presente) y método. Si sólo estudiamos el pasado al cual subjetivamente reaccionamos —o nos demandan— psicológicamente, el ayer que «dice más» al hombre de hoy, ¿no estamos mutilando la autenticidad y plenitud del hombre del ayer? ¿No es traicionar la misma humanidad necesaria para el estudio de las «humanidades»? ¿Dónde queda la Historia global, con aspiraciones de totalidad? ¿No estamos potenciando abierta y conscientemente el subjetivismo en la ciencia? ¿No se da preeminencia a la acción sobre la contemplación, exigida ésta en toda ciencia especialmente en las humanidades? Es más, ¿no se potencia al escribir la historia como si lo que sucedió estuviera realmente destinado a suceder?

Por otro lado, y a modo de ejemplo, ignoramos cómo puede influir —según se dice, pretendamos o no— en el presente, el estudio del rechazo de los navarros al traslado de aduanas del Ebro al Pirineo en 1718-1720, 1817 y 1828; o bien los intentos de Felipe II de Castilla de asimilar a los moriscos al resto de la población al prohibirles el uso de sus vestiduras y lengua tradicionales. Estos asuntos y muchos otros, de gran importancia en su época, hoy carecen de virtualidad propia sobre el presente. Es decir, sólo si el historiador desea, politiza artificialmente su quehacer científico, quedando fuera de las exigencias impuestas por la ciencia. Si otras personas utilizan las conclusiones científicas

ficas para fines extracientíficos, el historiador, en cuanto tal, no debe hacer lo mismo con la delicada ciencia de su dedicación.

El problema es de envergadura, pues según José Andrés-Gallego: «El problema (...) no es 'histórico' sino de las humanidades todas (...); lo que late detrás (...) es el dilema filosófico en el que se resuelve la cultura occidental» (*Atlántida*, 1990, núm. 4, pág. 33). Es decir, el problema no es la ciencia histórica como método y técnica sino que puede ser el propio historiador. Aunque esto es grave, ofrece no pocos esperanzas.

IV. HISTORIA Y DIDÁCTICA

Existe una fuerte tendencia actual en España que utiliza la ciencia histórica como principal disciplina para efectuar una didáctica cuya meta es educar en el evolucionismo y en la perenne transformación revolucionaria del presente. A veces son los pedagogos ideologizados quienes utilizan estudios de Historia de autores serios y competentes, que aquéllos transforman conforme a sus propios fines. Otras, las menos, son los propios investigadores del pasado quienes ejercen —a veces de forma inconsciente— el triste oficio de malograr sus estudios mediante esquemas preconcebidos.

No en vano, según Topolsky, la enseñanza de la Historia es una de las bases principales para configurar la conciencia ideológica y política de la sociedad (25). A nuestro criterio, esta configuración quizá pudiera corresponder a los estudios filosóficos, sociológicos del presente, etc., pero nunca al estudio científico del pasado. Por otra parte, desde otro punto de vista, aunque el ayer siempre influye en el presente, nunca lo determina. No en vano, la herencia del pasado —en su viva realidad y por ello también en su estudio y transmisión científica— nunca es difícil de transgredir por los hombres del presente. De cualquier manera, sobre todo hoy, hay que evitar con sumo cuidado los efectos de inmersión; por el contrario, conviene lograr el distanciamiento del objeto propio de la ciencia histórica a beneficio de ésta, para así conseguir la objetividad, tanto de la investigación como de la exposición de sus resultados. Por su parte, Topolsky prefiere la enseñanza de la Historia por muy buenas razones, es decir, tanto porque los estudios por él propuestos ya

(25) TOPOLSKY, J.: *Metodología de la historia*, Madrid, Ed. Cátedra, 1985, 517 págs.

están ideologizados, como por creer en la dialéctica de la Historia. Un historiador contemporáneo, Marc Bloc, ha escrito:

«La Historia o es una tentativa de reproducción o bien una tentativa de análisis. En el primero de los casos, como es imposible contar todos los hechos acaecidos, el historiador deberá seleccionarlos, con lo cual deberá tomar partido. Pero, además, al no adoptar una actitud crítica, se basará, sin duda, en las fuentes más fácilmente conservadas, es decir, las emanadas del poder, con lo cual correrá el peligro de ser transmisor involuntario de una ideología determinada. Si la tentativa de entender la Historia se basa en el análisis, procurando la comprensión de cada vestigio del pasado, sin propósitos calificadores o descalificantes, estaremos, sin duda, más cerca de la verdad de la historia».

Estas afirmaciones han podido deslumbrar por su sencillez, contenidos, suponer una mayor complejidad histórica y una novedad crítica, así como por la apariencia de verdad que encierran, a cierto sector de profesionales. Máxime en el supuesto de que en la mentalidad de dicho sector exista una tendencia a la desconfianza, a una búsqueda —o creación— de tensiones sociales, y a una supuesta y sistemática creencia en la vinculación entre poder (socioeconómico y por ello político) e ideología («conservadora» o «reaccionaria») a quienes combatir.

Creemos que la ciencia histórica tiene una dimensión de reproducir o narrar el pasado a conocer, aunque no todo el pasado sino el más relevante. Vinculada a la narración, la Historia debe ofrecer una explicación de los acontecimientos. También es claro que toda narración-explicación necesita de un análisis que indague las relaciones e implicaciones entre los múltiples datos, y que efectúe una crítica documental e histórica. Dicho análisis no debe seleccionar los datos de la realidad de pasado en función de una estructura cognoscitiva apriorística para, en base a ella, explicar lo acontecido. En tal caso, los supuestos previos de análisis poseerían un carácter reduccionista y lamentablemente distorsionador de la realidad pasada a desvelar.

Para reproducir el ayer considerado más relevante, sin negar por ello las múltiples y siempre nuevas implicaciones que surgen en el proceso investigador hasta que se considera el estudio «maduro», no sólo se utilizan las fuentes emanadas de la instituciones políticas y sociales, públicas o privadas (el denominado «poder»). También se recurre a todo tipo de fuentes y de la natu-

raleza más variada, con inclusión —si es posible— de los fondos documentales de los archivos familiares. Denominar como «poder» a toda institución pública o privada, económicamente pujante o socialmente relevante, y la consiguiente descalificación —aunque limitada— de los documentos emitidos por estas entidades «dominantes», supone una hipercrítica documental que convierte a la Historia en un galimatías o imposible, para salir del cual sólo queda el recurso de la interpretación subjetiva. De cualquier manera, creemos también que el historiador debe estar formado para superar los inevitables escollos presentados por las fuentes y así alcanzar la objetividad histórica. Es evidente que para elaborar la Historia de una institución política (por ejemplo, un ayuntamiento) es necesario utilizar las fuentes producidas por dicha institución más que las recibidas en su secretaría (que en realidad serán una pequeña parte del volumen total). En este caso concreto, siempre hay muchos parámetros de realidad y muchísimas fuentes documentales totalmente ajenas a «una ideología determinada», que permiten al historiador no tomar partido ni ser «transmisor involuntario» de la supuesta ideología de la institución estudiada. En el supuesto de manejar fuentes que supongan una determinada mentalidad, el historiador lo hará constar así en el capítulo correspondiente a la mentalidad de dicha institución.

Se debe salvar la Historia narrativa-explicativa, esa Historia denominada despectivamente como de «reproducción». Si el análisis —que nosotros incluimos en la explicación— preferido por Bloc es el evolucionista dialéctico, mucho nos tememos que los supuestos vicios que según algunos invalidan la «Historia reproducción») aparecerán cuajados con creces en su engolado análisis histórico.

En las Jornadas del I.C.E. de Santander sobre la utilización didáctica del entorno, Agustín Ubieta Arteta, tras citar dichas palabras de Bloc con las que introduce su «Propuesta de esquema conceptual previo al estudio idáctico del entorno» (ICE, Santander, 17 a 21 de abril de 1989, 35 págs.), indica lo siguiente:

«Por otra parte, uno entiende que la Historia que se debe procurar enseñar es aquella surgida como producto de la permanente dialéctica presente-pasado, o, si se quiere, dicho de otro modo, como una explicación histórica del presente. La Historia, en definitiva, debe conducirnos a la comprensión y al conocimiento del presente, a través de la interpretación de todo tipo de documentos y vestigios del pasado» (id., pág. 2).

A nuestro criterio, los propios datos históricos no indican que ellos mismos sean, en su origen, una «producto de la permanente dialéctica presente-pasado». En el caso de constatar esta supuesta relación en casos concretos, no por ello se debe afirmar y menos todavía generalizar previamente a la investigación. Por otra parte, si seleccionamos del ayer sólo aquello que tenga una plasmación en el presente, estamos increpando a buena parte —a la parte «olvidada»— del pasado cercano o remoto de esta manera: «tú no mereces la pena de ser recordado», «no interesas», e incluso «no fuiste realidad». Esta concreta selección es propia de cierto estilo de nuestro tiempo, según el cual todo ayer en cuanto tal carece de auténtico interés por sí mismo. Con acierto intentamos acercar los estudios del pasado y el pasado mismo al alumno, descubriéndole la huella del ayer en la época en que vive. Sin embargo, al sublimar esta táctica convirtiéndola en finalidad y método, hemos puesto fin al natural interés de conocer la Historia en plenitud, incluido por supuesto aquel pasado inoperante en la actualidad. Porque si bien es cierto que la separación entre el pasado y el presente no es fácil de efectuar, pues supera la rigidez cronológica, también puede ser que buena o gran parte de la multitud de aspectos del ayer sea hoy —y, sobre todo, actualmente— inoperante.

Respecto al contenido restante del citado artículo de Ubieto, está lleno de interesantes sugerencias prácticas sobre la utilización pedagógica del entorno, aunque sólo creemos aplicables con rigor al aprendizaje de jóvenes preuniversitarios y universitarios, y no al de los alumnos de enseñanzas medias.

Vicente Fernández Benítez, en «Una aproximación al concepto del 'entorno' desde la historia. Sus posibilidades didácticas en Cantabria» (ICE, Santander, 1989, 25 págs.), efectúa varios razonamientos teóricos que le conducen a la enseñanza de una Historia militante de la evolución, como contenido fundamental del conocimiento históricos de su enseñanza. La evolución es convertida en la única realidad del pasado.

Según dicho autor, la capacidad del entorno para estimular la conducta de cada hombre, unido a la natural tendencia de las sociedades a mantenerse o perpetuarse institucionalizando dicho entorno, hacen que el estudio del pasado, con el objeto de justificar el presente, se ponga al servicio de dichos intereses institucionales, conforme a lo deseado por quienes los sustentan.

Respecto a esta formulación, consideramos que si bien el hombre puede recibir influencias exteriores a su intimidad, también puede asimilar y sujetivarlas plenamente, influyendo a su

vez —como consecuencia y por su capacidad creadora— en su entorno. Lógicamente, el historiador no debe tener como objeto de su investigación la justificación de su entorno personal, del presente o del pasado, sino el conocimiento en general de la verdad de los múltiples aspectos del ayer; en realidad, pasado y presente nunca se identifican —en todo o en parte— entre sí, aunque haya elementos comunes que los puedan vertebrar.

La afirmación según la cual para el historiador los hechos del pasado no son «dados» sino «realizados» puede tener un sabor kantiano, tanto si la «realización» se refiere al hombre del ayer como al propio historiador. Según el autor, dicha «realización», lo subjetivo, histórico y opcional, esto es, la vivencia, se denomina «ideología», como expresión de la realidad social y similar a la cultura. El estudio de los «datos» como «dados» al historiador —añade— sería propio del positivismo, es decir, del racionalismo, amigo de la cantidad, de lo medible y lo evaluado, y en consecuencia —dice— fácilmente manipulable. El estudio de las ideologías sería lo único que adelanta el conocimiento del pasado, por ser aquéllas la dimensión cualitativa del ayer y, por no medirse, difíciles de manipular. A este respecto, consideramos que la supuesta diferencia entre lo «dado» y lo «realizado» no tiene implicaciones para un buen historiador, pues nunca estudia el dato ofrecido por el pasado al margen de sus múltiples implicaciones ambientales, de mentalidad, intencionales, de significación en el ayer, etc. Por lo que implica al hombre del pasado, todo «dato» se entiende como «realizado» en o fuera del sujeto, subjetivado, pues todo el quehacer humano tiene la impronta del hombre, cuya huella revierte a su vez en él: es el diálogo del hombre con su obra. Separar al autor de su obra, esto es, la mentalidad y otras facultades del hombre respecto a su creación, nos parece una abstracción: uno y otra nos acercan al hombre con seguridad y relativa precisión.

Somos conscientes de la limitación del positivismo, aunque en no pocos casos éste permitiese al historiador conectar con la realidad del pasado más que muchas recreaciones apriorísticas o reduccionistas actualmente vigentes. El que los positivistas prefiriesen numerosas sucesiones de datos, no significa que, de por sí, los datos sólo signifiquen cuantificación, precisamente por ser imposible desgajarlos de su «realización». La rotunda separación, y antítesis entre dato-cantidad y realización-calidad, no es más que una simplificación racionalista ajena a la realidad, al parecer con el objeto de permitir una construcción dialéctica.

El autor aplica las anteriores consideraciones a la educación

con el resultado siguiente: la realidad social, que es «intrínsecamente ideológica», se identifica con la cultura; la institucionalización de una cultura (ideología) reclama la inserción en ella de la juventud, perpetuarse en esta última; y dicha perpetuación supone la continuidad de «la experiencia de la comunidad, históricamente acumulada y culturalmente organizada». Este proceder es —según el autor— contrario a los criterios de J. J. Rousseau plasmados en su *Emilio* (1762), cuyo ideal es el hombre totalmente autónomo como expresión de su radical dignidad y libertad. Toda influencia sobre el hombre se convertiría automáticamente en un «poder dominante».

Esta pedagogía parte de su rechazo a toda permanencia e institucionalización, precisamente por ignorar el sentido de la comunidad y de la libertad conforme a una filosofía que no nos compete explayar. Al parecer, Rousseau sería el reclamo liberal, beneficioso —por su efectos— para la construcción del evolucionismo dialéctico. Una vez construido este, dicho reclamo sería procrísto. En realidad, el autor confunde la evolución y el movimiento, naturales y armónicos, con el evolucionismo, es decir, con la evolución sistemática, permanente y buscada por sí misma; confunde lo esencial con lo accidental; confunde la estabilidad de los criterios, proyectos, y de las categorías del ser, con su perpetuación e inmovilismo. El motor o causa immanente del movimiento sería la lucha dialéctica. Desde esta perspectiva, parece que se pretende crear y exagerar ciertas posiciones para así contraponerlas a continuación, con el objeto de obtener una educación imbuida por la dialéctica, en cuya misma concepción y punto de partida educativo se den cita los elementos siguientes: una ideología dominante (resultado de la deformación intencionada de las cualidades naturales de permanencia y estabilidad, a las que se opone la «rebeldía» e independencia juvenil como antítesis social), ideología ésta opuesta a lo «popular» (la dificultad de separar y aun oponer entre sí la ideología dominante y la popular es insuperable, pues hoy ambos procesos de «culturización» se manifiestan entrecruzados y en estrecha vinculación), activadas mediante la evolución continua, que implicaría una lucha «popular» (de la juventud) contra las formas control o represión (las instituciones heredadas o creadas por los mayores). En realidad, consideramos a esta concepción del comportamiento humano como una de las más ajenas a la naturaleza, aunque su demostración corresponda a la ciencia filosófica.

Según el autor, la labor del profesor sería comunicar e inculcar el principio de que la Historia de las sociedades es la radio-

grafía de su evolución; esta última, previa distorsión del concepto «evolución», al ser generalizada y elevada a la categoría del ser, supone la radiografía del evolucionismo. Así, se reduce —y, en consecuencia, se distorsiona— el pasado a lo que hay de mutable en él, explicado en función de la evolución dialéctica. Esta evolución, su sentido y las leyes que la explican y regulan, serían los principales contenidos de la Historia a transmitir. Los accidentes se transforman en sustancia, el adjetivo en sustantivo; las individualidades ceden paso a lo colectivo, y el ser —los acontecimientos de pasado— se diluyen en el sentido de la Historia —de raíz filosófica—, sin interesar los hechos por sí mismos. No en vano, consideran que la Historia es «una de las bases principales para configurar la conciencia ideológica y política de una sociedad», su denominada «identidad cultural».

Esta visión se completa al reconocer a un determinado análisis histórico como única forma de explicación científica con absoluta exclusión de las restantes explicaciones existentes. Dicho análisis que daría estructurado mediante ciertas reglas internas que suponen ciertos apriorismos extrahistóricos de origen filosófico; también estaría vinculado a un lenguaje ideologizado y actual de fácil comprensión de tipo vitalista y, por ello, de rápida adopción, cuyo contenido empujaría y aún conminaría a una determinada «concienciación» y compromiso práctico de carácter político e ideológico.

Esta concepción y didáctica de la Historia, se vincula a la creencia de que la Historia «conserva su papel de construcción integral de las ciencias sociales», quizás con el objeto de someter a dichas ciencias sociales a un análisis histórico ideologizado, tomado como punto de partida y referencia para la transformación social por una determinada ideología. Para otros autores como los de *La Historia subversiva* ya comentada, la Historia debería tener una importancia similar como «reina de las humanidades». Todo ello discurrirá en beneficio de la cultura y la experimentación pedagógica, reclamamos estos mediante los cuales sus defensores son fácilmente escuchados por un auditorio de profesionales ansioso de novedades y de nuevas técnicas pedagógicas que solucionen el denominado «fracaso escolar».

Una tercera ponencia, esta de varios autores, sobre «La práctica de un proyecto de innovación... (ICE, Santander, 1989, 24 págs.), presentó una propuesta que a nuestro entender supone la transformación radical de la didáctica de la Historia y de la mentalidad de los discentes, con una clara inspiración marxista. No en vano se inserta un juramento del joven Marx, simbólico

y expresivo, en la introducción de la ponencia. Efectivamente, admitir el análisis marxista supone la adopción del marxismo. Desde esta perspectiva hay que entender lo que para dichos autores es el objeto de la enseñanza:

«Desarrollar la capacidad de implicación de los alumnos con la comprensión y explicación de los problemas, lo que apela a su capacidad de pensamiento, y con la superación de dichos problemas, lo que apela a su voluntad y su capacidad para asumir alguna clase de compromiso ético» (pág. 10).

Dicho de otra manera: esto supone una estratégica elección de los temas y del perfil de cada uno de ellos, conforme al interés del alumno —o del coordinado— y no según su importancia objetiva en la Historia. También conlleva un posicionamiento emocional para «superar» el pasado, lo cual supone un juicio de valor que impele a la acción; y una postura activa ante el presente y el futuro, no ya para comprender el pasado (lo que por otro lado y de esta manera sería imposible), sino para construir el presente e incluso el mañana (26).

El logro y éxito de este proyecto implica, en primer lugar, concienciar al profesorado para que este lo haga después con sus discípulos. Mentalización que deberá de ser activa por parte del sujeto paciente. Este proceso no es fácil pero, quizás, no tenga grandes resistencias por el señuelo en el que se funda, esto

(26) Esta tendencia pedagógica pretende: 1.º plantear la verdadera dialéctica de los hechos; 2.º considerarlo como prioritario y obligado interesarse por el movimiento (no le interesan los hechos en sí mismos, sino su corrupción en el tiempo), toda vez que el núcleo base de la Historia sería el dinamismo interno de sus distintos niveles, que provocaría una contradicción entre un pasado acabado y un presente; 3.º entender la Historia como un discurso entre lo móvil e inmóvil; 4.º teorizar sobre las acciones y tensiones sociales; 5.º conectar continuamente el pasado con el presente tanto para acceder a la propia realidad del alumno —para hacerle cómplice de la actual transformación del mundo— como para acelerar el devenir; 6.º convertir al alumno en un sujeto constructor de una síntesis interpretativa y creadora que parta de sugestivas hipótesis, del enfrentamiento entre sujeto y objeto de estudio, de apriorismos como el de la necesidad de adecuar las superestructuras a unas «infraestructuras» nuevas y cambiantes; 7.º entender la enseñanza como la sustitución de la asimilación consciente y activa por la investigación personal y totalmente autónoma, etc. Esta didáctica se ha planteado en España desde hace no pocos años. *Vid.*, por ejemplo, RAMÍREZ AISA, Elías: «Hacia una nueva didáctica de la Historia», *Rev. Vida escolar*, núm. 197-198 (marzo-abril, 1978), págs. 69-72; *Jornadas del ICE de Santander (1977)*, 193 págs., páginas 83-102.

es, en una forma muy especial de «pedagogía activa», acompañada a su vez de un vocabulario y formulaciones ideologizadas pero de una actual fácil comprensión por responder a una de las mentalidades socialmente actuales y actuantes.

Los autores de la ponencia comentada niegan la objetividad en el conocimiento de la Historia pues, para ellos, dicha objetividad es, sobre todo, un problema ideológico. Hablan de una «aparente neutralidad» de la Historia, y de la imposibilidad de «manejar un conocimiento científico al margen de aspectos ideológicos y sociológicos» (27). Según éste planteamiento, los científicos que no sigan los moldes marcados por los nuevos profetas, efectúan, por eso mismo, una ideologización de la ciencia, de una ciencia convertida en un imposible. Se presentan como los únicos «servidores» de la realidad histórica —de hecho para utilizarla— quizá porque esto da un buen resultado práctico, y porque es lo único viable, para no levantar sospechas, el adelantarse a denunciar a otro de aquello de lo que no se quiere ser recriminado o, peor, porque ellos son los únicos que tienen el privilegio de poseer la clave de la Historia y la ciencia histórica:

«Se valoraban como positivas las aportaciones (...) en el sentido de abandonar una historia de hechos y datos con utilidad aparente por sí mismos, pero al servicio implícito de ciertas necesidades ideológicas» (pág. 7).

Los autores de la ponencia efectuaron una encuesta entre un grupo de profesores de Santander (ignoramos su validez técnica y la veracidad de sus resultados), en base a las preguntas siguientes: ¿por qué enseñamos Historia? y ¿qué Historia enseñamos? Las respuestas entre las que es fácil identificar las que reflejan las opiniones íntimas de los encuestadores, fueron las siguientes:

(27) Para ARCINIEGA, Pietro: *La Historia como arma de reacción*, Madrid, Ed. Akal, 1976, cada interpretación del hecho histórico obedece a una ideología, dotada a su vez de su propia metodología e interpretación del mundo; defender la imagen del historiador imparcial, del historiador puro —algo según el inexistente—, sería no haber superado el positivismo. También piensan así Fontana, Valdeón, Schaff, etc. El historiador y el profesor están en la Historia, hacen la Historia, serían un producto social.

SCHAFF, A.: *Teoría y verdad en la Historia*, México, Ed. Grijalbo, 1974, pág. 80, señala: «en resumen, la situación se presenta como sigue: la problemática teórica y metodológica, que debe distinguirse de las técnicas de investigación, en el ámbito de la ciencia histórica, ha preocupado principalmente a los filósofos y muy raramente a los historiadores; estos últimos cuando tienen una filiación positivista ignoran deliberadamente esa problemática».

1.º *¿Por qué enseñamos Historia?*

a) Para comprender el presente a través de un conocimiento crítico del pasado. A este respondemos que si absolutizamos esta función del conocimiento histórico, que es una entre muchas —y no la más importante—, efectuamos una «utilización» del pasado en el peor sentido del término. Es decir: ¿el pasado no tiene interés por sí mismo?; ¿el ayer que no se incluye en el presente no es objeto de la Historia?; el criterio que nos conduce a efectuar la selección, ¿tiende a ser objetivo o más bien es totalmente subjetivo?; el sujeto, a veces interesado y con prejuicios, ¿no se erige de esta manera en el centro de la investigación histórica, de la propia Historia, en vez de ser esta centro de sí misma y del historiador?

b) Permite conectar con las necesidades de los jóvenes y explicar las aberraciones e injusticias del presente.

c) Facilita la desalienación, al situar al individuo frente a su función de protagonista de la Historia.

Otras respuestas efectuadas:

d) Ayudar a entender el mundo.

e) Conocer y comprender la naturaleza individual y social del ser humano.

f) Adquirir habilidades cognitivas como medio para desarrollar actitudes social o intelectualmente tolerantes.

g) Fomentar el respeto y valorización del patrimonio artístico.

2.º *¿Qué Historia enseñamos?*

a) Lo importante es manejar la Historia como forma de conocimiento para comprender la lógica, método y perspectivas peculiares de la disciplina.

b) La administración del Estado no puede limitar el campo de maniobra del profesor sobre «currículum», su orientación científica e ideológica.

c) Ningún hecho es significativo *per se*, sino en relación a una visión particular del pasado. Los contenidos deben seleccionarse por su pertinencia para enseñar técnicas, conceptos e ideas.

d) La especialización del conocimiento y de la didáctica de las disciplinas responde a planteamientos corporativistas y de poder.

e) Debe haber un mayor espacio para la empatía e integrarse las explicaciones causales e intencionales.

f) La enseñanza de la Historia debe estar al servicio de la crítica de las ideologías.

g) El método hipotético-deductivo es el principal o único a utilizar. En realidad —añadimos— éste método sólo sirve para estimular la crítica del historiador o del estudiante de la Historia, no para investigar o desvelar el pasado latente en las fuentes históricas.

h) Hay que reinvertir la relación-pasado-presente; recurrir al pasado sólo cuenta para adquirir experiencia histórica para la superación de las injusticias del presente.

i) No hay verdades históricas incuestionables, pues la verdad de hoy es perjuicio para el mañana.

j) Se rechaza la Historia denominada descriptiva y anecdótica, una Historia explicativa fuera del alcance de comprensión del alumno, unas explicaciones carentes de sentido global.

k) Se defiende una Historia donde los contenidos tengan valor por el servicio prestado al desarrollo de una forma sólida de pensar e investigar los problemas de la realidad.

l) Debido a la falta de motivación de los alumnos, se debe abandonar el estudio del pasado por el pasado mismo, así como encontrar la forma de convertir el estudio del ayer en algo útil para superar los problemas del presente.

ll) La Historia debe enseñarse como método de investigación del pasado.

Otras respuestas efectuadas:

m) Hay que romper con los marcos nacionales y eurocéntricos.

n) El diseño cronológico es muchas veces inadecuado: hay que utilizar diseños alternativos.

ñ) Los contenidos y el proceso de adquisición de estos, deben formar un todo.

o) Reducir la extensión de los contenidos favorecería el desarrollo cognitivo.

Entre estas respuestas, algunas de ellas efectuadas con mejor voluntad que advertencia y conocimiento, es fácil advertir la huella a veces ideológica, relativista en el interés por el pasado, utilitaria, pragmática... Estos profesionales —profesores de Enseñanzas Medias— parecen ignorar que el carácter de la enseñanza o didáctica de la Historia (objetivo, función, límites, etc.) está guiado y debe corresponderse, al menos en parte, al carácter de la investigación histórica, y que es la naturaleza de la Historia lo que modela la investigación y transmisión de sus resultados. Esta ignorancia puede deberse a múltiples razones: no plantearse estos temas con el debido rigor y detenimiento, desconocer el carácter de la investigación histórica, dejarse conducir por profesionales despiertos e incluso militantes ideológicos cuya visión de la vida depende de su concepción de la Historia, ceder ante un ambiente —social, padres y alumnos— ideologizado y utilitario, etc.

Conforme a la realización práctica de este planteamiento, el alumno sólo recibirá ciertos conceptos y procedimientos metodológicos básicos relativos a la denominada «lógica histórica». A este respecto, recuerdo el consejo de un buen profesor, según el cual debíamos de desconfiar del conocimiento del pasado en el que todos los datos y explicaciones «cuadrasen» o se ensamblasen perfectamente.

Por otra parte, todo conocimiento deberá vincularse a los procedimientos que dieron lugar a su elaboración, para así aproximar al alumno al trabajo del historiador: «saber historia no podía quedar al margen de saber hacer la historia». Dichos «instrumental lógico» y trabajo de «investigación» (muy interesantes aunque se deben utilizar en la práctica de la educación con moderación) se vinculará a lo siguiente:

Al «aprovechamiento didáctico de una concepción del proceso de desarrollo del conocimiento como proceso dialéctico o de "colisión" entre las conjeturas del alumno sobre la realidad a partir de su propio conocimiento previo y la configuración de la propia realidad» (pág. 9).

De esta manera, y en esto discrepamos, el discente deberá *reconstruir* la Historia y el *sentido* de los hechos históricos —aunque «sin caer en la trampa del espontaneísmo (*sic.*) y colocando en su debido lugar el contenido básico»— movido por la *problematización* (*sic.*) del presente, en contacto directo con los materiales de trabajo, y en el contraste de los problemas detectados y las hipótesis formuladas como consecuencia de un *análisis pre-*

vio. Todo ello, conforme a las (aportaciones cognitivistas (*sic.*) del constructivismo dialéctico» (G. Mugny, W. Droyse, L. S. Vygotski, D. P. Ausubel, etc.).

Este atractivo planteamiento aprovecha la equívocidad y las múltiples formulaciones prácticas del término «educación activa», que todo profesor debe desear para sus alumnos, pues, además de razones de eficacia y humanidad, no hay educación si el educando no quiere. La interpretación más extrema de dicha «educación activa» considera que el alumno debe crear el objeto de su estudio, algo por otra parte relativamente «fácil» y atractivo en el ámbito de las humanidades donde actualmente reina el escepticismo y la creencia de que sólo hay opiniones. Hoy día, fuera del ámbito universitario por lo general, la práctica común despoja a las ciencias humanas de su carácter de ciencia, incluso en ciertos departamentos de nuestras universidades.

Dicho planteamiento encierra un doble error: uno científico y otro pedagógico. El primero versa sobre la concepción de la ciencia histórica: por nuestra parte rechazamos la instrumentalización de la Historia, todo apriorismo ideológico, no considerar al hombre del pasado como objeto único y principal de la ciencia histórica (en cuanto hombre y en tanto que del pasado), el reduccionismo temático al presente, el sociologismo que desprecia o minusvalora las individualidades, la pérdida del carácter diacrónico de la Historia y de la importancia de la cronología como lugar común del hombre en el pasado, la existencia de unas supuestas leyes históricas (estas «leyes» aparecerían en la Historia y sin determinar a esta), etc.

El error pedagógico implica un método ilusionista por su inadecuación al alumno de Enseñanzas Medias, al poner en primer y exclusivo plano la «investigación» en unos ámbitos de aprendizaje donde sólo puede ser secundaria y complementaria; no se aprovecha toda la capacidad del entendimiento al reducir los temarios hasta el extremo y la exigencia a mínimos (comprensible toda vez que el estudio es obligatorio por el Estado); se ridiculiza el uso de la memoria con el fácil alegato de la «lista de los reyes visigodos»; se potencia al alumno un subjetivismo extremado y una falsa consideración de sí mismo al exagerar sus propias posibilidades del presente y crear las totalmente vinculadas a la evolución general de la sociedad; se confunde la crítica con el criticismo, la personalidad con el individualismo la faceta social con la masificación, y el juicio personal con el afán de enjuiciar todo y a todos; conlleva la inseguridad intelectual al tener el alumno que demostrarse todos los conocimientos; la

percepción de lo real queda polarizada a lo conflictivo de la realidad con exclusión de lo armónico y se crea el mito del evolucionismo radical y permanente. Por otro lado, se minusvalora sistemáticamente todo sentido de confianza, la transmisión de conocimientos ya comprobados, y se distorsiona y vacía la autoridad (necesaria para el aprendizaje y educación, aunque en la ciencia sea el argumento de menos valor) al confundirla intencionadamente con el autoritarismo, el poder, y la pasividad del receptor. De esta manera el alumno partirá desde cero en su práctica cotidiana, al verse obligado a demostrar y comprobar todos sus conocimientos. Otra grave cuestión es la posible manipulación del alumno tanto por el lenguaje utilizado como por la orientación ideológica del profesor dinamizador del grupo de estudio activo. La adopción de la didáctica expuesta en la ponencia comentada implica, ya en su misma formulación, una conquista ideológica, que puede llegar a su culminación en el transcurso de su aplicación, al desarrollar los supuestos ideológicos que encierra mediante el lenguaje y la orientación del personal docente. En la huida de lo que —al parecer intencionadamente— han llamado «manipulación histórica» (así denominan a una Historia sin ideologizar y asumida como ciencia), se ha desembocado a la aceptación de un punto de partida y un desarrollo de aprendizaje totalmente ideologizado y manipulador, a pesar de presentarse como científico y eminentemente pedagógico. Repetimos: *el valor equívoco del término «método activo» de aprendizaje, la exagerada inclusión de los rudimentos de «investigación» aplicada a la enseñanza, la duda sistemática, etc., han sido trampa de incautos.* Es comprensible que una concepción ideologizada de la educación e investigación acuse de ideológicas a aquellas otras concepciones que no lo son, y, en consecuencia, que la primera se presente como única realista.

Demos un paso más. Después del análisis dialéctico del pasado, de la comprensión del presente a través de aquel, y de la «concienciación» intelectual, se llegará a la acción: según *nuestra perspectiva interpretativa*, ayer en las barricadas ahora obsoletas, y hoy ofreciendo alternativas a las fuerzas políticas (sociales, de base o élite) de una determinada plasmación y concreción ideológica, a través de las cuales construir el presente y el futuro en base a la autogestión social.

En conversación particular con el principal ponente todo quedó dialécticamente claro: ellos no pretenden servir a la ciencia histórica, sino hacer ciudadanos en base al estudio del pasado. Esta antítesis ciencia-ciudadano es total y evidentemente falsa:

como si el científico no fuese también ciudadano y éste no tuviese que estudiar ciencia. En realidad, a muchos pedagogos y educadores, les importa más la transformación del presente para servir al *mito del evolucionismo y del progresismo*, que la verdad del ser, sobre todo si tan sólo fue. Más que los contenidos científicos, hoy les interesa saber utilizarlos de modo «constructivo»; según esto, la reducción de los contenidos educativos es un supuesto necesario e incluso una meta e ideal a alcanzar en cuanto tal, y no sólo como medio para una mejor profundización y educación «constructivista» que pretenden. Claro está que la Historia seguirá siendo importante, pero sólo en cuanto que de ella se extraigan las famosas leyes de la dialéctica; el conocimiento del pasado restante es eso, un resto (no un reto), no interesa.

Tampoco nosotros nos conformamos con la pasividad académica, la repetición diaria en temas y métodos, y el olvidarnos del presente en que vivimos. Sin embargo, nuestras diferencias respecto al planteamiento expuesto son muy profundas. Para ellos, el denominado «fracaso escolar» es motivo para esgrimir sus principios ideológicos totalizadores: evolucionismo dialéctico y al parecer científicamente agnóstico (ya no abiertamente materialista como ayer). Nosotros entendemos ser necesario y aun urgente que la ciencia histórica y otras ciencias humanísticas mantengan su propio carácter y personalidad; que la Filosofía no intente solicitar de la Historia los conocimientos que a esta no le competen y, mucho menos, que la primera pretenda explicar el pasado histórico; que no se reduzca la Historia a la Sociología; que las humanidades no se politicen o sean víctimas de las ideologías; que la Universidad y los estudios en general no se trivialicen; que la importancia del presente no desplace a la propia del pasado en el conocimiento histórico, el hacer a la contemplación, la voluntad al entendimiento, el relativismo a la confianza en el conocimiento y posibilidades humanas, y lo útil a lo bueno. Queremos evitar que el saber histórico caiga víctima del proceso general de «socialización», masificación y utilitarismo que padece el hombre contemporáneo.

Tenemos confianza en las posibilidades del conocimiento humano y de las nuevas metodologías y técnicas aplicadas a la Historia, por lo que resulta difícil aceptar la afirmación de Pierre Chaunu —afirmación excesiva aunque sus facultades como historiador están fuera de duda— de que «casi todo conocimiento del pasado es, necesariamente, artificial». Y ello porque no son artificiales ni las fuentes históricas, ni el entendimiento humano, ni el arte e intuición con el que, mediante aquellas, se debe ilu-

minar el pasado ni la historia manifiesta se puede separar de la latente, ni las experiencias subjetivas y sus estados de conciencia pueden disgregarse del mundo exterior...

Estas razones son las que, en nuestra opinión, justifican que los estudios de la Historia no adquieran, hoy, la debida audiencia social y oficialista. *Para que la ciencia histórica recupere su vigor, credibilidad, y despierte sinceros y entregados entusiasmos en la sociedad y juventud en general, son éstas últimas las que deben cambiar de perspectiva actual, de valores, y no la Historia como ciencia, ni la función propia de los historiadores, profesionales o no.* No es solución, sino que empeoraría la situación, el que el elevado número de parados jóvenes y licenciados en la disciplina histórica se dedicasen a la investigación para llenar de alguna manera su juventud. La investigación no es un entretenimiento sino que exige vocación a prueba.

La historiografía contemporánea, a pesar de los embates de ideologización y del vacío existencial sufrido por la sociedad, investiga temas de gran interés —muchos a la espera de una síntesis general—, con seriedad, profundidad y alto conocimiento de las nuevas técnicas y de las ciencias auxiliares de la ciencia histórica. La alternativa propuesta por *La Historia subversiva* y la orientación pedagógica indicada, cada vez parece adquirir más relieve entre los profesores españoles no universitarios ajenos al quehacer investigador y estrictamente científico. Este intento alternativo pretende, en cierta medida, evitar el ocaso de la Historia y de los historiadores aunque, en realidad sólo consigue perjudicar a la ciencia histórica hasta lograr casi su desaparición como tal. Tal alternativa parece ser uno de los últimos intentos de ciertas escuelas y tendencias en retroceso, que en su día fueron desplazadas por las Nuevas Historias y, actualmente, por las nuevas búsquedas historiográficas. Confiamos en que los jóvenes investigadores de la Historia, numerosos y no pocos de ellos bien cualificados, impulsen adecuadamente los estudios históricos en la actual encrucijada de la historiografía en España. También confiamos en que los profesores de Historia se introduzcan en la investigación, sean fieles a la ciencia en su difusión y logren la debida educación activa entre sus alumnos. La crisis de algunos sectores de la investigación y, sobre todo, de la educación —ésta ante todo valor moral—, no podrán superarse hoy sin un serio compromiso con la verdad y sin el debido ejercicio de la libertad y la creatividad e imaginación.